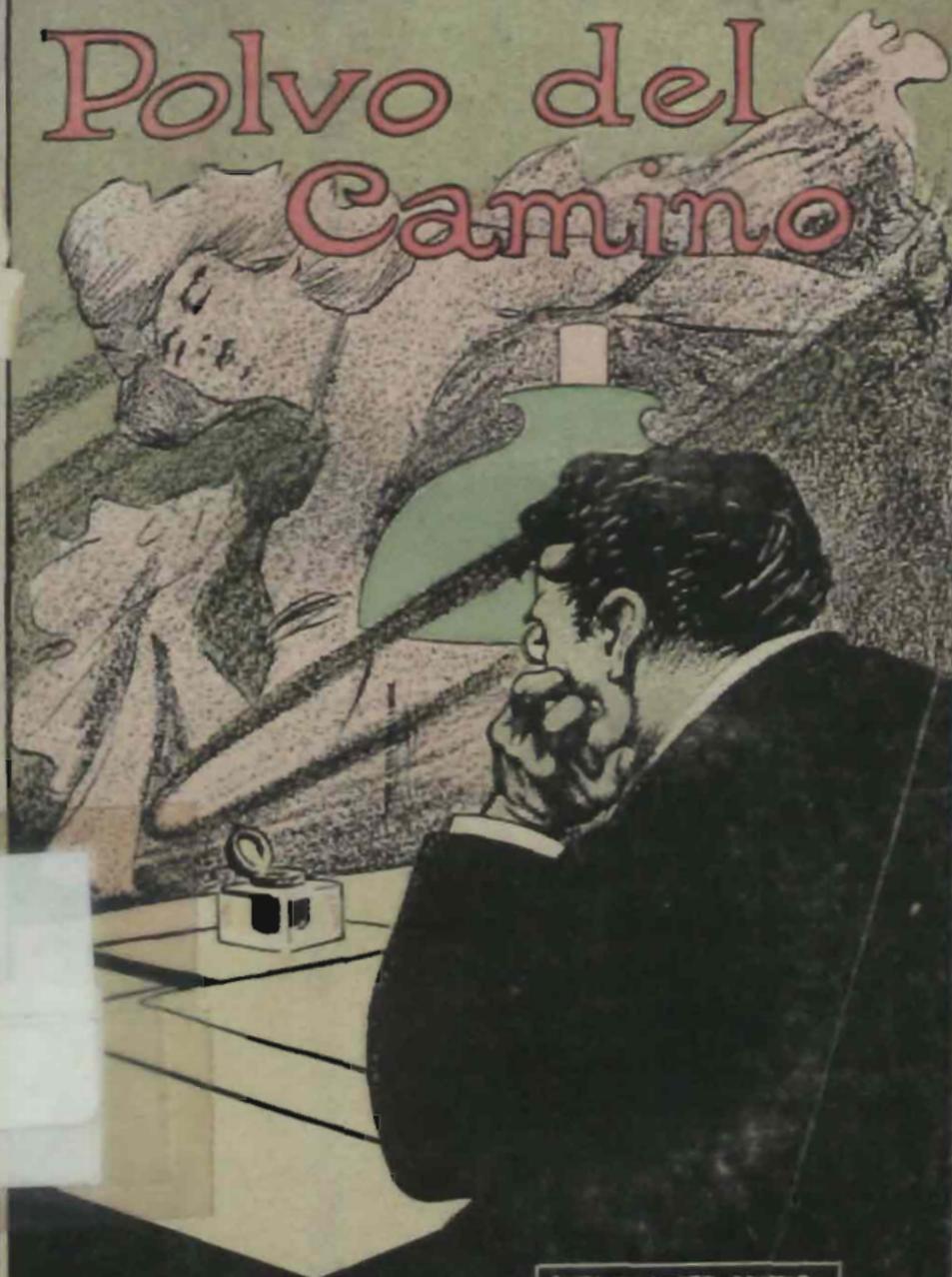


COLECCIÓN DIAMANTE

Polvo del Camino



Angel Guerra

ANTONIO LOPEZ • EDITOR
RAMBLA DEL CENTRO - 20 -
• BARCELONA. —

S.000

COLECCIÓN DIAMANTE



102



F. CANARIAS

ANGEL GUERRA

5.211

POLVO
DEL
CAMINO



BARCELONA

ANTONIO LÓPEZ, EDITOR, LIBRERÍA ESPAÑOLA

RAMBLA DEL CENTRO, NÚM. 20

R. 278107

6603363109

ES PROPIEDAD

Imprenta LA CAMPANA y LA ESQUELLA, Olmo, S.

POLVO DEL CAMINO

LA JORNADA HUMANA

A veces son consoladoras las lecturas. Hay libros que refrescan el espíritu, aquietando las ideas díscolas y haciendo entrar en sedación los dolores que nos deja el paso por la vida. En ocasiones, esas lecturas son amargas, dañan á traición.

¿Qué es un libro? Si es cierto que los libros tienen alma, al decir de la crítica con retumbante frase literaria, declaremos que es pérfida, cautelosa, á veces asesina, como alma de mujer. No sé quién dijo que un libro es el mejor amigo. No lo creo. Más bien

me inclino á convencerme de que es un enemigo implacable. Nos pinta una vida mentirosa, embellecida con afeites artísticos, sin duda para más amargamente engañarnos con el desencanto.

No hay mayor dolor que después de leer un libro, novela de pasión, cuento de amor, lo que sea, reconcentrando en el espíritu esa visión ideal de la vida, fijándonos en la existencia corriente, al día, interrogarnos interiormente: ¿por qué no será así?...

No obstante leemos. Los libros son un excitante para nuestro espíritu, algo así como las inyecciones en los morfímanos, un despertador de ensueños, de ensueños malsanos como los que buscan los bebedores de *hatchiz* y los fumadores de opio. Pasada la fugaz ilusión, duradera nada más que el tiempo de éxtasis psicológico, ¿qué enfermizo desencanto volver á la prosa vulgarísima de los hechos que suceden, con isócrona regularidad, en torno nuestro!

Cierto que la sugestión es prodigiosa, que las sensaciones se perciben al vivo. Quien no ha amado nunca, los que tengan el cora-

zón vacío de toda pasión amorosa, ¿no es cierto que han amado alguna vez, que han sentido en toda su poética intensidad, siquiera por un momento, el tranquilo cariño de *Ofelia*? ¿No les ha sacudido los nervios y les ha conmovido el alma el grito de los celos, el ímpetu de sus bárbaros corajes, con que enloquece la pasión de *Otelo*? Sin haber matado, libre la conciencia de toda culpa, ¿no es verdad que interiormente se ha sentido el remordimiento de *Edipo*?

Son dañosas las lecturas. ¿Por qué, si en la existencia la suerte nos ha preservado de saborear la amarga hiel de esas tormentas humanas, los libros nos la hacen tragar sorbo á sorbo, sin que valga una heroica resistencia?

Por la lectura vivimos en todas las épocas y somos, por libre voluntad, ciudadanos de todos los países de la tierra. ¿Qué importa?

Recorro con la memoria todos los siglos que fueron. Ninguno me encanta. Si por una especie de *avatar*, como el protagonista de Gantier, pudiese vivir la vida de edades

pretéritas, moriría de espanto ó de asco. Guerras, matanzas, luchas cruentas de pueblos contra pueblos, es lo que se encuentra á través de la impávida jornada humana. La barbarie de los hombres se sabe cuando comienza, pero es difícil determinar el momento en que acaba. El salvajismo ancestral, á pesar de los decantados progresos, subsiste sobre el haz de la tierra en estos tiempos de civilización. ¿Han acabado las guerras? ¿Reina el amor entre todas las razas? ¿Qué importa que el arma homicida sea el hacha de piedra, la lanza de acero ó el cañón moderno? La realidad, la verdad histórica, inconcusa é indubitable es que se mata.

Leyendo, esa es la primera consideración que surge. Por otro lado, ¿que país sería el preferido? Ya se ve, con la lectura, se llegan á borrar los límites de las nacionalidades, se consigue universalizar las patrias. ¿No es con esa utopía con lo que sueñan los socialistas y los apóstoles del humanitarismo actual? Pues bien, es necesario declarar que, ni aun en idea, se acepta la ciuda-

danía en ningún país de los conocidos, aun contando con los de más brillante historia y de mayor prosperidad y progreso modernamente. Quizá sería preferible vivir en los pueblos salvajes, en los que todavía no han conquistado á cañonazos, dejando tras sí una espantosa carnicería, los pueblos civilizados de estos tiempos contemporáneos. Nos sentaríamos en los banquetes de caníbales, como dijera Ganivet, comiendo la humeante carne humana, aunque con repugnante asco exclamáramos á cada momento: ¡*Nañá!*... Por lo menos, esos actos los disculpa la barbarie. ¿Qué disculpa las matanzas de pueblos contra pueblos, de razas en guerras de destrucción, que casi al día entretienen las armas de las naciones cultas en la vieja Europa? Sólo una barbarie de peor índole, por más refinada. Que también la barbarie progresa.

Hay libros que nos hablan del porvenir de la estirpe humana. Creo que esos son los más dolorosos. Conocemos ya la huella de la humanidad á lo largo de una existencia de tan largos siglos. No es muy consolado-

ra esa historia, y, al leerla ó al meditar en ella, rememorándola, muchas veces hemos tenido que suspender la lectura para respirar un poco de aire, como si el vaho de los odios y los vapores de la sangre nos fueran á asfixiar. Y el calofrío de un espanto trágico nos ha llegado hasta los huesos.

Pensando en el porvenir, yo no sigo nunca las elucubraciones de los profetas optimistas, los que dicen que llegará la plenitud de los tiempos, el advenimiento del superhombre, el reinado de la paz universal, siendo señora del mundo la felicidad humana. Artes, ciencias, inventos de los hombres; campos pródigos, climas benéficos, cariñosos dones de una naturaleza puesta al servicio del bien humano, harán bella y agradable la vida entonces.

Yo pienso, por el contrario, en el derrumbe de toda la opulencia actual. Me convencen mucho más los profetas pesimistas.

Cuando leo á Taine, admiro por un momento al colosal imperio de Inglaterra que pesa sobre todo el haz de la tierra. Pero,

terminadas esas páginas de envidiable prosa, por sincera admiración dictadas, á despecho de mi credulidad y venciendo la honda sugestión despertada en mi espíritu, viene á mi memoria la trágica profecía de Macanlay, y pienso en aquellos salvajes de la Nueva Zelanda remendando sus redes de pescadores á orillas del Támesis solitario, contemplando desde un puente torres ya en ruinas de la Catedral de San Pablo. Y la elegía á Itálica parece que me recuerda sus versos llorando la desolación de un gran pueblo.

Otras memorias remozan pasadas lecturas. Es un poema de Richepin. Adelantando el tiempo, asisto en lo futuro á la jornada humana, que toca tristemente á su término.

Por las tierras desiertas de Europa, que ya invaden las aguas, caminan los últimos años en demanda de su solar de origen. Sobre la cima más alta de los montes asiáticos mirarán cómo todo acaba. Ya han perdido la tierra, campos, viviendas, lo que era comodidad y esplendores de una vida

llegada al último límite de las bienandanzas. Ya no les queda más que la cultura, las ideas, el espíritu de una civilización esplendorosa.

Y eso, entonces, ¿qué vale?

Delante de mí encuentro abierto un libro. Son páginas de Anatole France.

También habla de las últimas jornadas humanas. No puede decir más en frases tan breves, intensamente dolorosas.

Habla de los seres dentro de muchos siglos. Y dice:

«Los últimos serán tan estúpidos como los primeros. Habrán olvidado todas las artes y todas las ciencias. Se tenderán miserablemente en las cavernas, al borde de los glaciares que rodarán sus bloques sobre las dispersas ruinas de las ciudades donde en mejores días se pensaba, se amaba, se sufría y se esperaba.»

Después añade:

«No sabrán nada de nosotros, nada de nuestro genio, nada de nuestro amor, y, no obstante, serán nuestros hijos, la sangre de nuestra sangre.»

No leamos más. Los libros dañan. Es mejor dejar que la vida continúe su curso inalterable. Sus sorpresas son las únicas alegrías que el azar nos puede prometer, y con esa ilusión, por lo menos, se puede ser feliz.

LA ETERNA DESDÉMONA

Es el pan nuestro de cada día. No pasa uno sin que caiga una mujer muerta en cualquier rincón de España. La ferocidad, que pide sangre, cansada de amar ó con sed de amor á la violencia, busca á diario una víctima, destrozando carnes femeninas. Jack, el destripador de mujeres, ha trasladado su residencia y hace sus ejercicios de carnicero humano ó de clínico artista en nuestra nación. A veces las locuras homicidas del marqués de Sade, que tan famoso lo hicieran antaño y que ahora de nuevo ha alcanzado el homensaje de que se resucite

su nombre, tienen tan exacta realidad en nuestras costumbres nacionales, que parece que en ellas han prendido con raigambre indestructible.

Lo que ha pasado, ciertamente, á la categoría de vieja leyenda, es el novelesco relato de nuestras mujeres con la navaja en la liga. Raras veces son ellas las que matan. Por el contrario, han pasado á ser víctimas, eternas *Desdémonas*, que caen al golpe del plomo ó al desgarramiento del hierro, quizás con el corazón sano y con el alma en la flor de los más fieles amores.

Nuestros criminales por pasión no admiten disculpa. En vano es que tras la cólera sanguinaria y de la impulsión asesina, con histerismo sentimental, besen frenéticamente, en algunos casos con locura de amor, las blancas carnes heridas y los cabellos revueltos, aun amasados con sudor de agonía, sobre los labios rojos y en las sienes pálidas, donde todavía hay huellas de otros besos y calor de los mismos lábios.

Es monstruoso, verdaderamente repulsivo, este instinto sanguinario que hace ma-

tar á muchos hombres. No merecen siquiera piedad, y mucho menos esta perniciosa exaltación de héroes del amor en que el pueblo á veces los envuelve.

El punto de honra, persistente aun en la sentimentalidad española, y consagrado en la moral corriente, mantiene en pie sus ambiguos fueros en las costumbres con la sanción del pueblo, que celebra de paso los bárbaros arrestos del asesino, su airosa actitud al herir y su no menos expresivo gesto de complacencia al entregarse al juicio de los hombres que lo aplaude y á la justicia de las leyes que en casi todos los casos lo perdona.

Se ha llegado á un punto de desprecio de la mujer, en verdad insostenible. Considérase á ésta esclava á todo capricho del hombre, como bestia de trabajo, pronta al castigo, y en último extremo digna de muerte. Al juzgarla llevamos siempre el prejuicio de que por naturaleza es pérfida. Su traición, en caso de que la haya, lleva consigo pena de vida. Y en esos dramas trágicos de pasión en que una mujer muere cosida

á puñaladas por su marido ó por su amante, siempre el matador encuentra en su abono la locura de los celos y el punto de honra, y en cambio á la víctima se le pone estigma de infidelidad infamante y se insulta su memoria con una reputación de hembra despreciable á quien ni la santidad del morir redime.

Mas, si bien se mira, el drama íntimo es muy distinto. Siempre, ante una moral altruista, la mujer, por su misma debilidad, merece cuando menos generosos perdones.

Las culpas de que se la acusan son ficticias. Los celos responden en el hombre á una pésima educación, al desenvolvimiento de la impulsividad hostigada por el mal ejemplo, y que no encuentra la camisa de fuerza de una disciplina interior de las pasiones. Recela, copia, mata, sin convencimiento, de un modo irreflexivo, por una súbita calentura que trastorna la razón y acosa los instintos. *Otelo* al menos vacila, intenta hasta última hora llamar al amor en su ayuda.

Por más que la opinión pública se pro-

duzca en sentido favorable á estos matadores de mujeres, yo me inclino siempre á creer en la eterna inocencia de *Desdémona*. Hay que pensar en las vidas heroicas de estas mujeres, siervas, esclavas de amor, en prisión porque es cárcel la cárcel, atentas, cuando los celos han estallado con brío en el corazón del marido, á complacerlo, á aislarse del trato humano para no turbar la paz doméstica, bien á costa de muy grandes sacrificios.

Y todo es vano. Si estas hembras extreman el amor, ansiosas de mostrar que su cariño nadie lo comparte, más surge entonces en el alma del celoso la sospecha del engaño cierto. La alegría buscada para disipar preocupaciones en el esposo tórnase á cuenta de burlas. Si el dolor que la desconfianza despierta se desahoga en llanto, la ira sale al paso para decirle que es mentira.

Llega, paso tras paso, después de largos días de lucha y martirio, el instante supremo. Un rapto de locura arma el brazo y crispa la mano. Una mujer cae muerta. El

punto de honra pone en seguida en labios del parricida la frase consagrada: «Me engañaba y la maté.»

Basta ella sola para que la conciencia pública absuelva al asesino con toda clase de pronunciamientos favorables á su caballescía valentía. Suelen las leyes también aceptar la novela novelesca y justamente absuelven. ¿Quién, entonces, mirando al fondo de estas historias íntimas, psicológicas, profundamente dolorosas, ha de condenar?

Hay que pensar en serio que debe acabar pronto el martirologio de estas desventuradas *Desdémonas*.

NOVA PAZZIA

Leía *Fioretti*, esos sencillos versos en que el amor, con místicas exaltaciones, canta y llora.

Cerré el libro, al terminar la última página, y mi espíritu, empapado de aquel delirio amoroso, con sed de pobreza y piedad, sentía también una infinita misericordia por los humildes, pasión de amar á todos los vencidos de la vida, á quienes desde el fondo de mi corazón llamaba hermanos. Y yo, que nunca he llorado por mí, lloré por ellos.

Aquella frase tan dulce *nova pazzia*, que el poeta escribe, evocaba en mí toda una

época, la más grande por el amor en la historia humana, por la *nueva locura* que despertara con sus hechos singulares el Cristo de la Edad Media.

La figura de Francisco de Asís, con alma toda amor, conmovido ante el sufrir eterno de los hombres, venía en espíritu de nuevo, á través de tantos siglos, á mover la mía á piedad para con los tristes, los desheredados y los vencidos, que tienen hambre y que padecen penas, esclavos blancos, siervos irredentos, nazarenos que van á la cruz, pobres seres forzados al dolor de vivir.

Y pensaba yo en la obra de piedad y de amor del santo de Asís, en su sed de pasión y cruz, que le lleva á buscar el dolor humano para compartirlo, curando á los leprosos, besando sus llagas, dando sus miserables ropas á los mendigos, con el ansia en el corazón de morir por ellos, por todos los castigados de la suerte que van tirando, bajo la inmensa pesadumbre de sus angustias y de sus miserias, á lo largo de este páramo de la vida.

¡Alto ejemplo! Tras él viene la *nova paz*, y surgen todos los héroes de la caridad, los que mueren en el martirio, los que desprecian pompas mundanas, vanidades y grandezas de la tierra, y cubre los humildes, en el alivio de los dolores trágicos, en el consuelo de los afligidos, por quienes abnegadamente se sacrifican, encuentran la paz del espíritu, el contento de amar, la alegría de morir por amor.

Y perdido en cavilaciones, noto que una ola de inmensa tristeza, henchida de lágrimas que no salen á los ojos, me llena el corazón.

Como Jacoppone, «lloro porque el amor no es amado».

Pienso en que todavía, á pesar de los que han muerto por amor á los hombres, hay seres que peñan, hay hambres que matan, injusticias sociales, crueldades humanas, que el *doloure universeille*, de que habla Faure, es compañero eterno de muchas almas que viven sobre el haz de la tierra. Y esos héroes, los *grandes*, como los llamara Ada Negri, ni se rebelan, ni gritan. Pasan por

la vida resignados, como mansas bestias que castiga el látigo, que ya ni siquiera pueden llorar, ni se quejan, porque en sus labios de crucificados, es inútil súplica dada al viento, el desesperado *¡sed tengo!*

La *nova pazzia*, aquella locura amorosa de los siglos medios, allá se quedó en los bellos días de la historia y no ha podido remontar el curso de los tiempos.

Cierro los ojos para soñar en cosas grandes, y desde lo más íntimo me sube á los labios este amargo grito:

¡Dios mío, Dios mío! ¿Dónde ha ido el amor?...

Mi memoria, inquieta, fija los recuerdos en días próximos. Sigue, á través de los hechos históricos, la huella amorosa del santo de Asís. La pierdo un momento, porque la sangre vertida por los hombres en lucha empapa la tierra durante algunos siglos.

Más de nuevo reconozco el rastro. La *nova pazzia* resurge vital y poderosa en los tiempos actuales. Nueva locura, locura de amor.

Y en mis devociones surge la figura solemne, apostólica de Tolstoy, predicando la

piedad, llamando á la fraternidad y á la misericordia á los hombres. No más odios, no más expoliaciones; que la servidumbre humana de los pobres acabe para siempre; que no haya esclavos, ni tristes, ni vencidos de la vida. Seamos todos hermanos en el amor. Y su voz evangélica llama á todos los hogares, y vuela, peregrinando, por el haz de la tierra.

Encuentra algún corazón que la escucha. Ya hay un héroe de la caridad, que abandone jerarquías, falsas grandezas, oropeles sociales, opulencia, honores, postizos que encubren la ruindad humana, y máscara de almas estériles porque no han amado nunca, y se va á la vida humilde, á compartir afanes y tristezas con los desgraciados, á inculcarlos la fe y la esperanza en un reinado de paz y de justicia por venir, Dios sabe cuándo, pero que vendrá.

Pero, la humanidad es sorda, ingrata. No cesan las luchas de los hombres, y se renueva, día por día, la espantosa carnicería humana. Continúan los seres doloridos los huesos, desolladas las carnes, en un trabajo

de bestias. El sudor alcanza un ínfimo precio y se condena á la miseria, á nombre de no sé qué privilegios, como se encarcela en virtud de ignoro qué leyes. El egoísmo, la codicia, el desamor se han hecho fuertes, y ellos son los dominadores universales y empujan por derroteros de dolor los destinos de la mísera estirpe humana.

En vano surgen espíritus superiores, como el de Tolstoy, predicando el amor y amando. No: esta sociedad actual no siente atrición y menos se mueve á piedad.

¡Qué saludable la violencial! La obra reudentora que no ha realizado el amor, quizás la lleve á cabo, con trágicas resonancias, el odio armado.

Pienso, con escalofríos, en días venideros, que no tardarán en llegar. La *nova pazzia*, se anuncia con delirios siniestros, alienta con instinto sanguinario, pero con espíritu vengador y de justicia, en el fondo de esta humanidad del día, febril, atormentada, aun en medio del esplendor de una cultura opulenta y de la vanidad de su vida al exterior.

Cavilando, con tristes presentimientos, al

querer sondear los tiempos futuros, he llegado á repetir, como una oración, la súplica del desventurado Rey del Nirván:

—*Dios de los dioses, evitad el dolor á cuanto existe.*

Ya han caído algunos de esos héroes del amor y del odio. No importa el sacrificio de sus vidas: la idea, manchada en sangre, es una bandera de combate, y á defenderla se levantan millares de desesperados. La *nova pazzia* se extiende con sed de pasión y martirio.

Y yo, que nunca lloré por mí, he llorado por ellos.

.
Algunas noches de insomnio viene á darme compañía, surgiendo en mi memoria, la imagen de la madre de Angiolillo.

Mientras todos lo maldicen, ella solamente seguirá amándolo, y acaso un cariño materno, amor el más grande de todos, encuentre en lo más íntimo del alma perdones generosos. ¡Quién sabe! Y acaso, después de llorar por él, llore también por nosotros y por nuestros hijos...

LAS MARIONETAS

Componen el público niños, y acaso unas pocas criadas, mozas cerriles, cuyo analfabetismo cuadra muy bien al ambiente de estos barracones. Tiene este público el sabor y el encanto de una humanidad primitiva, gratamente crédula, tocada de inocencia, pronta á ser engañada y franca en divertirse. Es un público que ríe, que no sabe más que reír. La hora del llanto no la conoce ante el histrionismo escénico. Acaso ni siquiera la haya conocido en la vida con la intensa crueldad del dolor.

Encantan, en verdad, estos seres. Mués-

transe allí, escuchando la hermosa farándula escénica, ancestralismo del arte, al descubierto, ingenuos, alegres, como son. Sus impresiones son simples; apenas rozan á flor de alma, con grata invitación al goce, á la alegría, y cosquillean los nervios provocando la risa. Y es su júbilo comunicativo; nos da un poco de su infantilismo cándido, reconciliándonos por un momento con el arte y con la vida.

Asustan los públicos serios. Los graves señores que componen «el ilustre senado», solemnes, reflexivos, que llevan al teatro el lastre de sus ideas, casi siempre tristes, y las huellas aun sin cicatrizar de los dolores padecidos en el vivir de continuo con los hombres en guerra, dejan, en el espíritu observador que los mira un momento, una sensación deprimente de angustia, tal vez de espanto.

Y es que pensamos que, en ocasiones, el drama no se finge en las tablas, sino que dentro de esos seres, en «sus interiores alucinados», estalla el drama vivo, trágico, sin voces y sin gestos. No ríen nunca; la disci-

plina interior ha refrenado la expansión de las pasiones, y un cansancio espiritual, tormentoso dentro, ha puesto una máscara de impasibilidad al rostro.

Por el contrario, los que sienten la impresión artística al vivo, no pueden contener el ímpetu de pasión que les ha despertado el histrionismo escénico, porque el drama, por sugestión, lo viven ellos, y la irritación de los nervios y la violencia del ánimo la traducen al exterior con convulsiones de epilépticos. Sufren y lloran.

¿Por qué será el arte tan cruel? Como si no fuera ya bastante el dolor que la vida produce, como si las pasiones corrientes no se encargaran desde el momento que amamos, esperamos y sufrimos, de hacernos sentir su imperio, tornando á los hombres en esclavos á su servicio, el arte también se empeña en buscar las almas con el avieso propósito de hacerlas sentir de nuevo, y, si es posible, con igual intensidad, torturador y sádico, celos, ambiciones, cóleras, amores, desengaños, desesperanzas, la triste herencia espiritual de la pobre es-

tirpe humana, sierva del mal, eterna forzada del dolor.

¿No es mejor reír?... Con el arte grande la tortura aumenta, porque el público serio ni siquiera sabe, ni tampoco puede llorar. Hay que volver á las marionetas. Son ellas un arte primitivo, tranquilo, de emociones plácidas, con sugestivo encanto. Es arte para niños, un teatro que regocija á las almas simples, ingenuas. El histrionismo es verdadero; la ficción escénica resulta sincera. La vida se toma en broma, y los dramas psicológicos se toman á cuenta de burla y gorja. El arte consiste en reír y hacer reír. Los fanteches remedan con gracia los movimientos humanos, buscando lo que éstos tienen de gracia, de sabor cómico; las voces son afectadas, huecas, empáticas, con modulaciones extravagantes.

¿Qué escenas de la vida remedan? Las más sencillas, las que entrañan más comicidad. No hay en ellas ni siquiera el deajo de una ironía ni un amago de tristeza reflexiva. Historietas fantásticas, cuentos de candoroso realismo, en que nunca apunta

la más leve sombra del dolor de vivir. Y el público, impresionado á flor de alma, sin prejuicios anteriores, ingénuo infantil, ríe á ganas, francamente.

En los teatros grandes, ¿qué sucede? Son seres vivos que imitan, con clara verdad, las situaciones que interpretan los que nos dan la ilusión perfecta de la realidad. Ellos conservan la máscara de su histrionismo; dentro, pocas veces repercute el drama que representan. Sin embargo, al público llegan la impresión caliente, las sensaciones vivas, el drama íntimo en toda su espantosa verdad.

No es aquello un remedo de la vida; por lo menos no nos lo parece. La ilusión escénica cobra realidad intensa en nosotros.

Así es, ciertamente. Muchos no han sido nunca celosos en la existencia ordinaria. Pero todos han sentido el bravo ímpetu de los celos. ¿A quién no ha estremecido la rugiente cólera de *Otelo* en su desvarío amoroso? Ante sus acentos airados, la sacudida de la pasión celosa ha llevado una sensación á los nervios y el calofrío de las

resoluciones trágicas hasta los huesos. Muchos no han matado, y, no obstante, han sentido el terror del crimen, y han visto en su conciencia, llena de remordimientos, los espectros de *Edipo*, y con pánico espantoso han creído ver en sus manos las manchas de sangre de *Macbeth*.

Ha sentido angustias sin fin, todas las angustias humanas, ese público serio de los teatros grandes. ¡Ellos, quizás tan felices en la vida, que odian el delito y que aman con entero corazón!

Tal vez, derivando las impresiones pasionales, ya sereno el ánimo, hacia el campo de las ideas, extratificándose éstas en el cerebro, se tuerza el curso de esas existencias, se amarguen, y esas almas se tornen sombrías, pesimistas, dolorosamente incrédulas. ¿A qué amar? Ahí está la desventurada *Ofelia* sacrificada á las desdeñosas locuras de *Hamlet*. ¿Crear en la amistad? Buen amigo es *Yago*.

Humilde es el barracón; primitivos son los fantoches; ingénuo es el público de niños. Pero, las marionetas son un encanto,

un arte maravilloso. Tienen la virtud de hacer reír, y la humanidad del día ha llegado á la máxima tristeza, y ni sabe reír ni puede llorar.

HEROÍSMO ESTÉRIL

Ya están los restos de los héroes de Baler en «tierra amiga». Los ví pasar entre la curiosidad frívola de una multitud ávida de espectáculos baratos.

Paseáronlos procesionalmente á lo largo de las grandes avenidas del Botánico y el Prado. Pocos honores se les tributaron. Su sacrificio no ha merecido otro premio de la patria, de esa patria que los ha llamado á su seno bajo promesa de glorificarlos. ¿Qué glorificación ha sido? No lo sé. Al paso del convoy fúnebre yo no he visto más que unos soldados con hachones y las filas de

curiosos que se extendían á lo largo de la carrera, sin una idea de enaltecimiento al heroísmo en el cerebro y sin un piadoso tributo de gratitud á los que peleando cayeron, en holocausto de la patria, en el corazón. La curiosidad, nada más, empujaba las gentes á presenciar el desfile de los restos repatriados. ¡Menguados honores! ¡Inútil sacrificio!

¿Qué beneficios ha reportado la abnegación de sus muertes? El territorio que defendieron con las vidas, no es nuestro; en el suelo regado con su sangre, que también los recogió al caer, ondea á los vientos la bandera enemiga que combatieron, y que más tarde los fuertes españoles de las colonias, olvidando á los héroes de la campaña, saludaron con salvas, gastando los restos de pólvora, no en un último disparo de ataque, sino en un tronar de júbilo proclamando el triunfo de los adversarios en la guerra.

¿Y la patria? Allí me pareció verla el otro día, encarnada en la turba-multa indiferente que asistía al espectáculo de su repatria-

ción, que los vió pasar con fría impasibilidad de muertos desconocidos, cuyo entierro no nos conmueve porque no los hemos querido.

Para glorificación tan pobre y agasajo tan mezquino, hemos traído esos restos á darles paz y descanso eternos en «tierra amiga», dentro del solar nacional. ¡La tierra amiga! ¿No lo era aquella donde murieron?

Fué nuestra, y hoy, por legítimo derecho de conquista, el mismo que nosotros invocamos para justificar la soberanía española, ejerce en ella dominio otro pueblo, grande, y civilizador en los tiempos contemporáneos. Pero, hasta caer los héroes de Baler, la tierra en que lucharon, fué suya, y para su mayor gloria, avivando perpetuamente el recuerdo, allí debieron descansar para siempre el sueño de la muerte y el reposo de la inmortalidad. Después de todo ¿quién asegura que el lugar donde *ad perpetuam* han de reposar ahora, sea siempre español? Cavilando así, me viene á la memoria la tremenda profecía de Macaulay, y pienso en

los salvajes de los lejanos países, ya destruido de Inglaterra todo el inmenso poderío, remendando sus redes á orillas del Támesis solitario.

A más, en la futura evolución de las ideas humanas ¿subsistirá ese concepto de la patria?

No lo creo. Confío en la universal fraternidad un día de todos los hombres, en que borradas las artificiales fronteras no haya más que una patria única, la tierra para todos, hermanos, en ley de vida y de amor, y ya, ni aun vivirá entonces la frase de Renán, «la patria está donde se piensa».

No hay duda de que se llegará al atomismo político de las nacionalidades, fraccionando hasta lo infinitamente pequeño las presentes, circunscribiendo la patria al rincón nativo, al hogar propio, ó se ha de llegar al cosmopolitismo de la nacionalidad, á la universalización de la patria, y la tierra será la patria común, el hogar de todos los hombres que se llamarán hermanos y se amarán, sin la barbarie de la guerra, sin la brutalidad de las armas destructoras, que

matan á nombre de unas palabras vanas, el derecho, la propiedad, la justicia, que entonces ya ni siquiera existirán en el recuerdo de las gentes.

Todo será paz entonces en el reinado del amor, si antes no ha sido todo muerte en en este imperio del odio.

Tengan ó no tengan entonces patria en que descansar los restos de los héroes de Baler, lo que sí será cierto es que no les faltará la tierra en que reposar eternamente.

Ella, la tierra, es la que siempre es madre, perdura. La patria, concepto inventado por los hombres, cambia con las mudanzas del tiempo y extraña á sus hijos como madrastra sin cariños.

Al retornar á casa, después de dejar los restos mortuorios camino del cementerio, dí en cavilaciones. Filosofando á solas andaba calle adelante sin rumbo fijo. No comprendía cómo ha arraigado tanto en el pueblo español esa devoción con querencia por el heroísmo estéril y el sacrificio de las vidas, con gloria, pero sin triunfo. Lo que



importa es morir. Damos á esos sacrificados transfiguraciones de héroes y los revestimos de grandeza épica insuperable. Los glorificamos sin medida en cánticos y en himnos.

Para nosotros, el heroísmo, el más exaltado, es el más infecundo. Como ejemplo histórico, renovado de continuo en la admiración del pueblo, salen siempre los vencidos en Rocroi.

—¿Cuántos eran?

—¡Contad los muertos!

Y sobre esos cadáveres, el triunfador pasa sus huestes vencedoras, las banderas desplegadas, los clarines resonantes en pregón de conquista y de victoria.

¡Nuestros héroes de Trafalgar! Allí murieron envueltos en el humo de la pólvora, sobre las últimas tablas de los navíos destrozados. Y ¿qué trajo ese heroísmo? Nada más que el *finis Hispaniæ*. Caen también Nelson, con majestad de héroe, sobre la cubierta de su barco en combate; pero ese heroísmo es fecundo en bienes, próspero en grandes hechos futuros: es la supremacía naval,

el poderío inmenso en los actuales días de Inglaterra.

No es la fanfarronería á la española, nacida de la vanidad que nos acarrearán las antiguas glorias, las viejas hazañas de nuestra raza de aventureros, por mar y en tierra, lo que debemos esperar que se destierre en nuestro pueblo. Más perjudicial que eso al vivir futuro, en las andanzas de nuestro destino venidero, es la devoción por el heroísmo estéril, que nos hace esperar toda gloria del sacrificio sin triunfo.

Y así, pasando, en el pensar, de los muertos á los vivos, me venía á la memoria el recuerdo de algunos soldados con riesgo de la vida, que salvaron, defensores del fuerte de Baler, y que he conocido en mis correrías por el hispánico solar.

Si á los muertos con tan poca pompa se les ha recibido, á los vivos con más facilidad se les ha olvidado. ¿Dónde están? ¿Quién los conoce? ¿Cuáles son sus nombres? Vivieron la actualidad de un día en los periódicos á la hora de la trágica repatriación, y ya pasados al silencio, sumados

con la corriente de la vida social, que coloca á cada uno en su sitio, no por héroe, sino por luchador, las páginas de historia que tienen no cansarán mucho á la posteridad.

Unas cruces, unas míseras pensiones, y ni siquiera la consideración en el trato social de las gentes. ¿Y para esto el sacrificio? El que fué labriego antes de su heroísmo de soldado, ha encerrado bajo llave las condecoraciones, y de nuevo ha vuelto tras las yuntas al campo, á arar, de salario, las tierras, y el obrero de fábrica, ha tenido que tornar al taller donde un patrono le explota, sin comprender que derramó su sangre y puso en peligro su vida el pobre héroe, mientras él pensaba en el pararrayos de su fábrica, para en caso de llegar á las costas el enemigo, izar la blanca bandera...

«TRISTI AMORI»

Pienso muchas veces en estas andanzas de los amores y amoríos de tristes destinos.

¡Cuántas vidas tornan estériles! ¡Cuántas almas enterradas bajo los escombros de ilusiones y cariños que se han desplomado de pronto!

Yo evoco muchas veces la visión de esos seres solitarios, desencantados y adoloridos que penan del mal de amores dando al viento inútilmente sus quejas, con sus suspiros. Son pobres mujeres que han visto rodar los años, esclavas de un amor sin esperanza. Hermosas y jóvenes, asomadas á la ventana, año tras año, en cada primavera,

han visto retoñar los rosales y cargar sus ramas con rosas nuevas, en espera de oír «rumor de besos y batir de alas», como el poeta, aguardando el *amor que pasa*.

A la postre, ya envejecidos, se han encontrado en la misma ventana, cavilando, sin duda, en la rapidez con que el tiempo ha transcurrido, enfriando el corazón y poniendo los cabellos blancos.

Ciertamente, estas mujeres que no han tenido más que un solo amor y á él consagraron encantos de la vida, devociones tenaces, fidelidades á todo evento, y en esta pasión de alma han gastado su existencia entera, esclavas de un inquebrantable cariño, años y más años para un día, un día triste, cuando la hermosura juvenil se ha ido, encontrarse sola, burlada, desdeñada, convencida de que lo que fué ideal único de la vida se ha truncado, y lo que se creyó comunión de dos almas, eternamente unidas, un capricho la desató para siempre con cruel indiferencia.

Vidas estériles, almas heroicas, idealismos románticos, pasiones tenaces, merecen

una dulce simpatía y una piedad generosa. Son sacrificios con grandeza que se ignoran, que no se cantan, que ni siquiera se compadecen.

En el fondo de cada pueblo, en el rincón de cada casa, hay siempre un alma de mujer que ha enterrado en lo más íntimo un amor, que ni aún han podido cubrir con flores, como á los niños que se mueren. Estos amores acaban de un modo espiritualmente trágico, á violencia. Nada, á mi entender, tan horrible como un amor que se suicida, cuando el propio corazón que quiere se ve forzado á ahogarlo hasta sentir que ya no respira ni vive.

Siempre sueñan dentro de mí aquellos versos de Ada Negri, largo grito de dolor de un alma de mujer, desencantada del mal de amores.

«¡No volver! Quisiera, impasible y ciega, odiarle tanto como le amé un día; odiarle en nombre de los más hermosos años de mi vida, que inmolé, llena de dolor, lejos de tí. ¡Pobre juventud, sin caricias, estérilmente sacrificada!»

¡Cuántas así! Quizás esta queja de los amores secados en flor, en plena juventud, sea el lamento más hondo y el más grande entre los seres que viven á ras de tierra.

Tienen la resignación de callarse, prudente y humilde, en el fondo de las almas. Bajo ese aspecto, en soledad y silencio, más sinceramente lastiman de piedad.

No son los años los que agostan prematuramente esas hermosuras, un tiempo, en los días felices de amor, gráciles y codiciadas. La pena íntima lleva su desolación á señalarse fuera, en los ojos de mirar cansado y en los rostros marchitos, como flores que amarillean y se deshojan.

Mala es la espera, consumiéndose de deseos ó de inquietudes espirituales, viendo cómo la juventud se va con todos sus bríos y cómo la misma alma, ya con fatigas, va perdiendo la acosadora sed que era ímpetu, pasión, locura del carifio, fiebre intensa que sólo el amor saciado podía templar en la buena sazón, en los años mejores, en la *primavera della vita*, que llamara Metastasio el poeta.

Esperar es todavía vivir muriendo. Pero, ya desengafiadas las almas femeniles, ¿qué finalidad tienen esas vidas?

Ninguna. Han perdido todo, esperanzas, tiempo, juventud, tal vez la hermosura, quizás hasta el mismo amor que antes sintieran. Son entonces almas solitarias, como cunas vacías.

¡Esperar! Ese es el destino de las mujeres. Pocas veces, sin embargo, logran sus sueños. A merced de las circunstancias, como ceño sobre las dudas, no saben más que querer indefinidamente, pero no pueden elegir. El azar las hace felices como las puede hacer desdichadas.

No hay almas de mujer en que prenda una confianza ciega en su suerte. ¿Quién, como la *Solveig* del *Peer Gint*, de Ibsen, esperará confiadamente en que llegue el amado, segura en que la felicidad humana viene un día indefectiblemente á regalar el alma de cada sér sobre el haz de la tierra?

¿No será más probable, pensando en las tornadizas voluntariedades de los espíritus, en la inconstancia del amor, que presto ol-

vida y que fácilmente cambia de ideal en sus devociones, que eternamente la historia del pobre *Rip-Rip*, de Washington Irving el leñador del monte que al volver á casa, tras largos años de sueño, ni sus propios hijos le conocieron ni ya le querían? Olvidos fáciles, andanzas amorosas al día, sinceramente humanas.

Cierto es. Esas almas de mujer que han amado una sola vez y para toda la vida, que la mejor edad la han pasado *dolorando*, viendo desvanecerse una juventud sin caricias, que ni gritan sus desencantos ni gesticulan á cólera movidas, humildes y silenciosas en el fondo de cada pueblo y en la soledad de cada hogar, merecen, más que respeto, generosas misericordias.

Pocos serán los amadores que con el poeta Sully Prudhome vuelvan á decirles, cuando ya tengan blancos los cabellos y los ojos fatigados: «Te quiero siempre. Vengo á traerte tu juventud rubia. Todo el oro de tus cabellos se ha quedado en mi corazón. ¡Y aquí están tus quince años en la huella profunda del primer amor!»

LA JUERGA ESPAÑOLA

En España, como dijo Becquer, es
alegre la tristeza y triste el vino.

En el fondo de todos nuestros regocijos populares se descubre siempre un gran fondo de tristeza. Podrá padecer hambres, toda clase de infortunios, pero este pueblo siempre se divierte. Es una máscara nada más esta expansiva alegría con que las muchedumbres quieren engañar dolores íntimos. Es la nuestra una nación siempre en fiesta.

Para los que sólo miran de paso y á flor,

es el pueblo español el más feliz y el más regocijado de los pueblos de la tierra.

Entre coplas y tragos, al són de músicas y danzando, todos los días del año van transcurriendo pacífica y alegremente. Romerías y verbenas llevan las multitudes á divertirse á todo placer. Las zambras y juergas entretienen á grupos de gentes al parecer dichosas, contentas de vivir.

En verdad, el pueblo se divierte. Cierto que, bajo esa costra de accidental alegría, á poco que se fije la atención se nota un inquietante malestar muy hondo. Hay que divertirse «para matar penas». Para olvidar padeceres crueles se excita de un modo violento la alegría, una alegría histérica, enfermiza. Pasada la excitación momentánea, torna á herir más en crudo la realidad miserable de una existencia sin goces y sin alegrías.

El alcohol es un calmante. Trae olvidos, reposos de horas. La música también es un sedante para las tristezas agresivas. No hay que confiar, sin embargo, á ellos la paz de los ánimos. El vino enloquece á las muche-

dumbres, despertando en los corazones fieras revolucionarias. Al són de los cantos las multitudes han intensificado siempre sus cóleras en los motines más sangrientos.

Quizás uno de los mayores aciertos de Blasco Ibáñez, como atisbo de psicología nacional, ha sido la descripción de las turbas jerezanas, sediciosas, borrachas de odio y de vino, queriendo asaltar la ciudad impelidas por una ciega acometividad homicida, y más tarde, bajo la propia acción del alcohol, mansas, embrutecidas por un placer ficticio, resignadas á todo con epicúrea complacencia.

En la bodega se esconde el más seguro resorte que trae y lleva las alternativas del problema social, vivo como una fiebre sorda que no se resuelve nunca, latente en España.

El pueblo se divierte. Pero los regocijos más alegres, en el fondo son tristes. Suenan guitarras y palillos con un rumor alocado, pero esa música popular, esos aires nacionales en su mayor parte, entrañan un dejo doliente de queja, de una pena á veces llo-

rosa, á ratos bravía. Las coplas que se cantan tristes también son. Hablan de muertos y de cárceles. En medio de la falsa alegría de la zambra, los corazones, que padecen celos ó cubren dolor, se desahogan en esas canciones breves netamente españolas, en ese *folk-lore* nacional, grito del alma atormentada por la tristeza de nuestro pueblo.

Contrasta angustiosamente, en medio de la algazara con que corre el vino y de la pasión con que las parejas bailan, oír el quejumbroso rasguear de la guitarra, en cuyo fondo parece que un corazón llora, mojado en lágrimas las cuerdas y la voz expresiva, trémula de emoción, que canta esas canciones cortas, tristes, que sollozan ó amenazan, henchidas de un subjetivismo pasionalmente trágico.

El ingenio de esta gente que se divierte es agresivo en la broma, duro para la burla, acometedor en extremo. Nada hay en el bromear de la gracia retozo, inofensiva, franca en el donaire, cómica sin hieles. Por el contrario, despunta siempre en los dichos, en el dialogar, hasta en los requie-

bros con que se galantea á las hembras, una perversa intención de ofensa, una crueldad en la burla que hace daño y acosa siempre rencores en su contra.

La guapeza busca medio de lucirse castigando débiles mujeres, y el ingenio escoge para divertir á los demás algún pobre ser, casi siempre viejos mendigos que limosnean al ruido de las juergas, á quien se burla y escarnece con tanto regocijo como los arrieros de marras mantearon á Sancho en el corral de la venta.

Es lo más corriente, casi la general costumbre, tenida en hábito que ya no se pierde, ir á la juerga con la guitarra al brazo y la navaja al cinto. Divertirse sin armas no es posible. Por un natural instinto, se lleva á prevención el hierro, pues en estas diversiones, al acabarse el vino es casi seguro que rojea la sangre.

Esta alegría neurasténica, ya se sabe que injuria y busca pendencia. Estos hombres impulsivos, á quien la diversión y el vino espolean necesitan después de poner á prueba el ingenio en el insulto, no dar paz al

brazo mostrando en el refir guapeza. En ese desprecio de la vida, en la fanfarrona altivez con que se mata ó muere, no hay más que un fondo de tristeza, de amargo cansancio de vivir. Fueran felices estos hombres, sintieran intensamente la *joie del vivre*, y entonces el apego á la existencia, la simpatía humana, la conciencia del propio bien hubiesen en ellos desterrado toda acometividad y toda pasión de sangre y muerte.

Bajo la falsa alegría con que el pueblo español se divierte, á poco que se escarbe nótese una inquietud dolorosa, un sedimento de tristeza. Es nada más que un ansia de olvidos. Mas cuando se violenta esa alegría, al punto la desesperada tristeza estalla más bravía y trágica. Así se mata, así se muere.

CRÍMENES PASIONALES

Los crímenes pasionales son el pan nuestro de cada día. Mejor sería quizá entregarlos al brazo reparador de la justicia, y que allá los jueces se las vieran con ellos. Pienso, no obstante, que, dado el carácter social que entrañan, corresponde también á los escritores, por las condiciones de publicidad y de reincidencia que les prestan síntomas de un verdadero estado de alma nacional, estudiarlos y combatirlos. ¿Qué? Entregarlos al silencio, envuelve una complicidad en el delito, y es necesario llevar, ya que no la acción popular á la consecución de

un castigo, para regenerador ejemplo, la acción periodística que los condena.

Un hombre busca una mujer, y la mata porque le ha negado cariño y compañía. Es una historia real, viva, que nada nuevo trae á la curiosidad insaciable de las gentes ávidas de hechos extraordinarios y de sensaciones fuertes. La hembra va al depósito de cadáveres, y el hombre asesino purga el delito en presidio. Novela vulgar: en un solo capítulo se puede escribir. Y ese patrón sirve para todas. Sin embargo, hay en ellas materia para un largo y complicado estudio social.

Por la frecuencia con que estos hechos criminales se repiten, caigo en la cuenta de que ellos acusan en nuestro pueblo un estado patológico. La raza ha degenerado tanto, que esa sed de sangre, esa pasión de matar que siempre la ha distinguido, ya en las guerras de conquista en lueñas tierras, donde nuestra soldadesca aventurera, como los antiguos tártaros, eran «bebedores de sangre», ya dentro del solar en que los espectáculos sangrientos, corridas de toros, eje-

enciones, fusilamientos, son solaz grato al público, se ha convertido á la postre, merced á tan largo aprendizaje, en hábito congénito, hereditario, cruelmente necesario al vivir, en un caso de patología nacional.

Se mata por hábito, por rutina, por enfermedad. La moral pública, las ideas de justicia humana, el mutuo respeto que impone la sociabilidad entre los hombres y que exige un no escrito derecho natural, ante estos crímenes no existen, y se absuelve á los asesinos por una secreta simpatía que en todos nace, que no es justicia, más bien reconocimiento de que la levadura de esos delitos todos la llevamos dentro.

Han dado en llamar á estos hechos *crímenes pasionales*. Nada tan impropio. No se trata de casos psicológicos; entran de lleno en la patología. La pasión es impulsiva, acusa anormalidad momentánea, locura de un momento. Los hechos criminosos de maridos que matan á esposas y de amantes que asesinan á sus hembras, en la calle, en el seno del hogar, casos de repugnante car-

nicería, son premeditados, previstos, realizados con toda clase de ventajas, á sangre fría y por la espalda. Pudieran los celos, en un instante, cuando el delirio amoroso exacerbado por la repulsa despierta bárbaros corajes, difíciles á la disciplina interior, no saciarse sino con sangre, con la destrucción á golpes de cuchilla, del sér que nos hace, con sus desdenes, desgraciados, truncando el único ensueño de la vida.

Pero ¡si no se aman! ¡Si ni siquiera se odian!

Buscando bien en las causas de esos crímenes, se encuentra uno con el asco de ver una enorme cantidad de perversión moral y, sobre todo, la imposición de un hábito que empuja á buscar muerte y sangre para calmar los instintos en desorden de la bestia humana.

No ya belleza moral, la que envuelve la pasión en delirio, irrestañable y trágica; pero, ni aun la belleza externa, la que da la gallardía de las actitudes y los riesgos del peligro en la lucha, se encuentra en ellos. No entran nuestros crímenes pasionales,

mal llamados así, en la estética criminal, estudiada por Quincey.

Sigue nuestro público con interés novelesco conmovido fuertemente con emoción muy viva, dramáticamente escalofriante, el relato de estos hombres que matan por amor, que no existe, y de estas mujeres que asesinan á sus amantes ó á sus rivales por punto de honra, que no ha existido nunca, porque se lleva el *bacillus* morbosus del delito en la sangre, acusando un estado patológico en nuestra nación.

En cada individuo hay latente un matador. Los viejos vengadores de las culpas de amor, de nuestro teatro clásico, que hasta hoy parecen vivir, se han olvidado de que la moral, el concepto sobre el honor, la teoría de la justicia acerca de los sentimientos humanos, han evolucionado mucho de entonces acá, con un sentido de mayor grandeza en el juicio y de más positiva piedad en su castigo.

Cuando leo la narración de uno de estos crímenes, yo no me siento inclinado á perdonar á los matadores.

Ahora mismo, vivo aún y sangrando el asesinato de estos días, en que un marido da muerte violenta á su mujer, elevo un poco el corazón, despierto en mi interior ideas altruístas, y como el *Orozco*, en la novela de Galdós, mirando el cielo azul, lleno de estrellas, yo me repito:

—¡Qué dirían esos mundos si vieran que en éste, tan minúsculo, se mata porque una mujer, en vez de amar á un hombre, ha amado á otro!

EL HAMBRE EN ARMAS

De tarde en tarde, y sobre todo durante las penosas jornadas de trabajo en estío, se rompe, con enormes perturbaciones, la vida normal, vulgarísima, de «paz reinante», en muchas ciudades, aldeas y campos. Los hambrientos y los no resignados á la esclavitud blanca y á la expoliación á poco precio del sudor humano, se levantan airados, y en muchas ocasiones, con las armas en la mano.

Contra ellos carga inexorable la fuerza pública, reduciéndolos á la obediencia y obligándolos, con toda clase de violencias,

al silencio. Cesan entonces los gritos subversivos y el ruido atronador de las descargas asesinas. Lo que no se sabe es si cesa el hambre.

Nuestra prensa nada dice, quizás porque á la curiosidad del público, contento con el buen vivir, esas luchas trágicas del campo poco importe. ¡Tristes forzados de la suerte, míseros vencidos de la vida los que, á costa de la sangre y con todos los riesgos de un peligro de muerte, aun se sublevan confiados en la justicia de los hombres!

Cuando surge uno de esos motines por hambre se les concede el honor de unos breves comentarios, y nada más. Pero ¿quiénes se hallan al lado de los vencidos, cuando la fuerza armada los reduce al orden? Nadie. Se les abandona al rigor de sus tristes destinos.

Por estos días las huelgas y motines se han sucedido con aterradora frecuencia. Por todos los rincones de España, las gentes se agitan acosadas como lobos carnívoros de las montañas, por el hambre. Y ¿qué se ha hecho? Nada.

Los necesitados de pan, vueltos al silencio impuesto por el brutal desdén de los dichosos, implacables en su egoísmo poco evangélico, verdaderamente inhumano, y reducidos al orden por la fuerza armada puesta al servicio de los intereses creados merced á la explotación de esos mismos pobres, contentáranse ahora con devorar el dolor de los suyos á solas y con beberse las propias lágrimas si tienen sed.

¿Por qué y para qué salieron entonces á la calle?

Rebaño humano sin ideas fijas de reivindicación social; masa de bestias pasivas, resignadas al golpe del látigo que continuamente desuella la piel; rebacios por miedo, á dejarse guiar por la rebeldía de los instintos levantiscos, échanse á la calle con la única intención de alborotar, de promover escándalos, para que la atención se fije en ellos. Siguen al pie de la letra el proverbio famoso de que al que más pita, más caso se le hace. Por desgracia, no es así.

Y van las muchedumbres amotinadas, hombres, mujeres y niños, en medio del

mayor orden, en pacífica manifestación, en columna de paz, con una disciplina y una cordura admirables.

¿Acaso, el hambre admite lógica y temperamentos de templanza?

Protestan, no contra la pésima organización social, contra el abusivo derecho de propiedad, contra la tiranía del capital, contra la falta en los hombres del sentido de justicia y del sentimiento de la infinita misericordia. Gente de paz, sobre todo los huelguistas del socialismo circunspecto, recurre á los recursos legales, piensa en la tutela del Estado y á ella se agarra en demanda de auxilio para sus cuitas.

Cuando comprende la inutilidad de las súplicas, es ya tarde. Entonces es cuando sus cóleras se embravecen y quieren imponer la petición á manc airada.

Perdido el equilibrio, exacerbadas las pasiones, esa multitud de obreros hambrientos, llegará día, cuando la paciencia se les agote de tanto subir y esperar, ha de asaltar las tahonas de los industriales, los graneros de los terratenientes, las despensas

de los rentistas. Pero antes, y para esa empresa, asaltarán las tiendas de armas.

¿Qué harán con ellas? Darán el trágico espectáculo de un día de sangre, de una inmensa carnicería humana, y en la calle sonarán los tiros con que esos hambrientos en las calles se dedican á la caza de explotadores y burgueses sin piedad.

¡Día de luto, pero tal vez aurora de venideros años en que reine la desterrada misericordia!

Ignoro si el hambre será sensata y si los arañazos del estómago vacío traen los temperamentos de templanza. Si así es nos ahorraremos el dolor de atestiguar esas jornadas que se incuban en el seno de las clases desheredadas. Pero yo tenía entendido que el hambre era agresiva, implacable, que acosa con furiosos destructores y asesinos.

Yo creía que el hambre oscurece la razón y que todos esos escrúpulos morales á la consumación del delito, respecto á la propiedad ajena, garantía del derecho á la vida, se desconocían cuando los seres se encon-

traban sin esa propiedad y ni aun siquiera con ese derecho á la vida.

Cuando es mutuo el respeto al derecho; cuando la igualdad social establece un equilibrio entre los hombres, en el seno de una sociedad perfecta, en que la piedad sea la primer virtud humana, me explico que se destierren las sublevaciones contra las injusticias y se huya el responder con la violencia á toda clase de desafneros.

Gracias sean dadas, y las debe dar sobre todo la clase aburguesada, porque aun nuestro bajo pueblo anda á tan gran altura en el comedimiento. No ha perdido todavía el respeto por el hábito de la servidumbre en que hasta ahora ha vivido. Conserva aun las buenas formas al pedir pan y trabajo. Día llegará, no obstante, en que, no resignándose á morir, si no le dan pan, lo tome.

Y cuando un pueblo entero se levanta á hacer justicia por su cuenta y riesgo, no se piense en un castigo colectivo.

Como en el drama de Lope de Vega, no

hay entonces un culpable solo. Es todo un pueblo.

Y éste, á una voz, repetirá:

—¿Quién mató al Comendador?...

—¡Fuente Ovejuna!

LOS HÚNGAROS

¿De dónde vienen? Nadie lo sabe, pero cuando los buenos días de sol llegan, las tribus de húngaros pasan á lo largo del llano, caminando por caminos polvorientos, sonando sus músicas extrañas, de una melancólica añoranza, para acampar á las puertas de las ciudades y de las aldeas.

Plantan las tiendas de viejas lonas en cualquier lugar, al raso, en descampado, bajo el cielo azul y lleno de sol por estío, y de noche duermen en el campamento á la claridad dulce y blanca de las estrellas *celestias* que aman las almas gitanas y los

poetas. Luego, á la mañana siguiente, sin dejar rastro, reanudan la marcha camino adelante al són de las músicas y al paso de las caballerías que llevan á lomos las tiendas, patria, propiedad y hogar.

Así van corriendo, incansables, la tierra, de aldea en aldeas, de llano en monte, por todos los caminos, «á la vera del agua y por la senda del monte», errabundos siempre, viviendo vida nómada, como los morunos beduinos del africano desierto.

Son libres. Hombres en plena posesión de la vida y de la Naturaleza, como en los primitivos tiempos. La patria y la familia son ellos. Ni nación tienen ni necesitan ciudadanía. Viven aparte de los demás seres, á quienes la civilización ha encadenado á un solar por prejuicios sentimentales de patriotismo y á quienes los derechos de propiedad sobre la tierra mantiene en constante guerra.

Los húngaros en tribus, como las viejas familias bíblicas, son ajenos á las luchas de los demás, extraños á toda disciplina social y hasta á toda tiranía de leyes escritas.

Corren el mundo ansiosos y libres. Pasan por todos los lugares, sin dejar en ninguno cariños ni odios. Aíslanse por completo de todo otro trato humano, en sentido de querer y pasiones rebeldes á amar gentes que no son de su sangre, ó quizás sintiendo asco á mezclar sus amores con seres que no llevan en el alma el ímpetu bravío de su raza. Tal vez influya en este inquebrantable apartamiento un desdén fuerte, instintivo, contra estos refinamientos sociales, ó miedo á caer en las mallas de las leyes, usos y prácticas que los hombres civilizados han creado para su propio tormento y desventura.

¿Qué? ¿Acaso, pensando sin prejuicios, no será más hermosa esa vida errabunda acampando al azar, al zoco de cualquier caserío ó en plena sierra, que la vida, monótonamente ordenada, en medio de calles que no dejan ver el cielo y en casas donde apenas se disfruta la luz, alegría del mundo, y al respirar el aire, saludo inestimable que vive en las montañas, en el campo?

Son esos húngaros seres verdaderamen-

te extraños. Mézclase en ellos la rudeza salvaje y el sentimiento artístico.

Inclinados á la rapiña y al bandidaje, revelan ingenio, astucia en sus empresas de merodeo y botín. Ponen la inteligencia, en lucha con las leyes de los hombres civilizados, al servicio de la vida por espíritu de conservación. Indica esto ya un refinamiento que los distingue de la barbarie primitiva, conquistadora por la fuerza. Tampoco aman la sangre como los antiguos tártaros y aun los arios del día. Repugnan, al parecer, los actos de violencia y muerte á estos infelices vagabundos que roban para comer y corren la tierra contentos al s6n de sus músicas ex6ticas.

¿Quién como ellos ha encarnado tanta tristeza en esos cantares bohemios y en esas canciones gitanas? El sentimiento de todo un pueblo llora en ellos eternas andanzas de amor é inolvidables malandanzas de penas.

Yo miro á estos húngaros errantes con simpatía, con secreta curiosidad y con envidia del libre azar en que viven. Imponen

respeto como si fuesen una poética evocación del pasado, de un pasado de muchos siglos, esos viejos de lengua barba blanca y de ojos azules. También encantan esas muchachas de sugestiva hermosura, morena ó rubia, con cabellos negros ó trenzas de oro, inquieto el mirar, cuyos ojos no se sabe de qué lejanas é íntimas penas hablan.

Quien los ha visto no los olvida nunca. Dejan en el alma una impresión de tristeza, la suya quizás, que, sin comprenderla, prende en nosotros.

Sus músicas, sus danzas, sus cantos van á despertar alegres rumores de alegría que pasa en las aldeas llenas de soledad y silencio, aburridas en el llano, regocijando á las buenas gentes campesinas, y no obstante, ¡qué impresión dolorosa dejan al marcharse!

Y es que los instrumentos
no cantan, que lloran.

Suenan los flautines y los panderos con un rumor de quejido muy largo y muy hon-

do. El alma de una patria ideal que sólo reside en los espíritus y que en el amor de estos sólo vive, y el aliento de una raza errabunda, dispersa por el haz de la tierra, en esa música se estremecen con perdurable vida. Y el canto es lánguido, adolorido, como si la voz desgarrada por la emoción estuviese mojada en lágrimas.

*Mienta cosas cantando que náide
por aquello que sabe lo que son;
unas palabricas llenas de amargura
y otras palabricas llenas de dulzor...
pero por el deajo tan triste, ¡tan tristel
llega al corazón,
y es verdad que nenguno lo entiende
¡pero lloran tós!*

AL PASAR...

Sí, yo fui. Con mano trémula agité el pañuelo, asomado á la ventanilla del tren, al despedir á la pobre muchachita, inmóvil, con las banderolas en la mano, á orilla de la vía.

No recuerdo la estación. ¿Qué importa el nombre? Iba yo camino de Santander. Fué entonces. En la estación de una aldea, en el riñón de la montaña, en plena floración salvaje, al pasar raudamente por las altas cumbres, al mediar el verano, todavía con nieblas llorosas que nos mojaban las caras.

Paró el tren. Era domingo, muy de ma-



fiara. Claridad tranquila había en los cielos y sobre los campos el verde oscuro resaltaba en nota sedante de color. En las praderías cercanas, unas cuantas mujeres trabajaban sobre la tierra incansable. ¡Ni siquiera un día, ni unas horas de reposo!

No sé qué pensarían de nosotros. Al ver los coches de aquel tren lleno de señoras, camino de los puertos de mar, á donde iban á derrochar el dinero á manos llenas, quizás las rentas que el sudor de aquellas manos y las hambres de aquellos vientres á duras penas reuniera, robafiaduras amargas, con privaciones, sin vestir y sin comer, en un acarreo de bestias, sin duda nos mirarían con odio más que con envidia.

No pensarían las pobres labriegas, movidas por tristezas del bien ajeno y en el lujo del señorío que pasaba, codiciándolo. Más lógico, más humano, es que pensarán en tantos gastos inútiles, en los dispendios superfluos, y desearan algo, una mínima parte, una miseria nada más de lo vanamente derrochado.

¿Qué? ¿Para qué les servían sombreros

de damas y sortijas de caballeros? No se los pondrían. Pero esas mismas cosas les sugerirían la idea de las bienandanzas en el hogar, la satisfacción de necesidades pequeñas; una cama nueva en que dormir, y no el jergón de paja miserable; la ropita del pequeño, el traje dominguero de la moza con novio, la olla suculenta por un día, los tizones que calientan en invierno, el lujo de unos cuantos días de descanso en el año, sin el afebreo diario, sin los agobios, sin los sobresaltos de encontrar, á fecha fija, los míseros cuartos de la venta. ¡Y pensar que con lo gastado por uno cualquiera de aquellos señorones que viajaban podía ser feliz una familia entera!

Tal vez no pensarán así. Miraron á la vía, con el dalle en la mano, suspendiendo un momento la tarea. Creí, al verlas en esta actitud, que amenszaban... Mas luego, inclinando el cuerpo, volvieron al fatigoso laboreo, humildes, resignadas, puede ser que contentas.

A los pocos minutos, el tren reanudó su marcha. Sonó el silbato al arrancar la loco-

motora. Su loco silbar, extendiendo su irónico rumor por el valle, parecía una cargada con que la riqueza, la hartura de las gentes que iban dentro, burlaban la simplicidad de los campesinos, aquellos siervos pacientes cavando eternamente la tierra.

Pasamos ante la caseta del guarda-agujas.

A orillas de la vía estaba la muchachita, en alto la mano, sosteniendo la banderola verde.

Sin querer, me fijé en ella. Sus ojos tristes de niña enfermiza, pálido el rostro, mimosos los labios, bien alinado el cabello negro, iban curiosos, pero con cierta indiferencia, observando todos los rostros. ¡Pobrecilla! Ninguno le sería conocido.

Vería caras de mujeres hermosas que asomaban á las ventanillas y cabezas de hombres, con expresión estúpida, á través de los cristales entrevistas rápidamente.

Pasaban sin dejar huella. Nadie fijaría en ella su atención, ni habían de pensar que todas las vidas á su generosidad estaban confiadas.

¿Quién cuidóse de ver el valor de aquel pedazo de trapo verde ondeando cariñoso, vigilante, compasivo al viento?

La mano exangüe lo sostenía en alto.

¡Buen viaje! ¡Sois míos! ¡Descuidad, que tengo buen corazón! Así parecía decirnos al pasar en un saludo sin palabras de su brazo extendido como señalando el camino que habíamos de seguir, el trozo de camino suyo, nada más que suyo.

Y la banderola roja se pegaba á los pliegues de su falda como un arma homicida que se esconde.

Inmóvil, resignada, ni siquiera sonreía. ¿A quién? ¡Si ni siquiera la miraban!

Siempre igual. Un día y otro, á cada hora, pasaban y volvían á pasar gentes y más gentes, á correr la tierra en distintas direcciones. Ella siempre en su lugar.

Sin duda, acostumbrada á este desfile perpetuo, forzada al servicio, clavada en la tierra, había á todo su sér dado carácter el oficio. No sonreía su boca de labios mimosos, porque nunca supieron á quien sonreír.

Sus ojos eran de vivo mirar, por estar siempre atentos á escudriñar la vía, á sondear las lejanías para sorprender á la mayor distancia la llegada del tren y dar la señal. Eran tristonos de expresión por ver de continuo toda aquella vida en marcha, el lujo en visje, la riqueza de jornada, la alegría de paso.

Las impresiones recibidas, al partir cada tren, serían de desconsuelo, viendo que de todo aquello nada quedaba, que todo huía á su vista, desvaneciéndose completamente, como en el aire el eco del silbato, y en lo azul el humo de la locomotora.

Pensaba yo en lo que pasaría allá, en los adentros del alma de aquella muchachita, después de pasar el último furgón, solitaria á la vera de la vía. Por ella adelante se iba todo.

A ratos sentiría la sed de seguir el convoy, de ver otros lugares; en ocasiones despertarían en su espíritu tentaciones tenaces, codicia del bienestar que miraba á su alrededor un momento; por instantes la acosaría el ánimo de ser libre, de renunciar

aquella esclavitud tirana á que la forzaban la miseria y la suerte. ¿Sería eterna aquella servidumbre? Por aquel camino que tantos cruzaban, ¿á dónde se iría? ¿Hacia allá estaba la felicidad nunca vista?

Luego destilando, gota á gota, hiel sobre el corazón, amargándolo, endureciéndolo, vendrían las ideas negras al pensar en el desvío, la ingratitud, la crueldad de las gentes, la comparación de su pequeñez ante aquella grandeza burlesca y coruscante que, insultándola, con una mueca de desdén ó con un gesto de indiferencia hostil, continuamente desfilaba ante sus ojos tristes y vivos, sin lastimarse del rigor de su triste destino.

¡Quién sabe! Algún día todos esos amargos pensamientos y todas esas angustias del corazón puede que se conviertan en odio activo, en ímpetu indomable de rencor, en sed de castigar; y de un modo trágico, ella, tan olvidada, quisiera llamar hacia sí la atención.

Entonces, fácilmente, con su misma actitud resignada, no tendría más que levantar

la banderola verde con su mano exangüe extendida en alto. La señal de vía libre. Arrancaría el tren, para estrellarse con otro en un choque tremendo de catástrofe. Gritos, muertes, desolaciones sin término.

Si un día de desesperación, en un arranque de odio, lo hiciera, yo la compadecería y sin duda desde el fondo de mi corazón la perdonara.

Cuando la ví ¡eran tan tristes sus ojos, tan mimosos sus labios!...

ESPAÑOLERÍA ANDANTE

Paréceme extraña la famosa frase de Garfield: *La herencia más grande que puede encontrar un hombre al nacer, es la necesidad.*

Tratándose de razas más individualistas que la nuestra, puede que en ellas hallara el alto sentido que encierra. Con vistas á España, no. La necesidad en el solar castellano no espolea las actividades, no se traduce en un desbordado ímpetu espiritual de luchas y de conquista. Tocados de un idealismo colectivo, solamente la sed de ideal nos lleva abusando hasta la violencia

de las energías propias, á los límites de lo heroico.

Ante la necesidad, desmayan los ánimos de lucha. Nos habituamos á la pobreza cuando viene, pasivamente, sin resistencia, como el enfermo se habitúa á la lepra que le roe las carnes. Tenemos algo en el alma de la resignación de Job en el estercolero. Tan nuestra estimamos la miseria, tal carácter nacional entrafía, que si de pronto nos viniese la próspera holganza por azares de la suerte, había nuestro estoicismo de repetir sencillamente la frase de Diógenes á Alejandro. Nada quiero; déjame el sol.

Parece un grito de este pueblo, que de las propias entrafías le arranca la gallarda exclamación del poeta:

*¡que no importa vivir como el mendigo
por morir como Píndaro y Homero!*

La miseria en España ha pasado de necesidad á hábito. El de mendigo es un oficio á la española. Bajo la levita recepillada,

como bajo los harapos mugrientos, anda holgadamente un incorregible postulante.

Se prefiere pedir antes que buscar.

La limosna se disfraza con muchos nombres, pero después de todo no es más que el objetivo de un oficio.

Ben es verdad que no produce grandes rendimientos, pero basta con que prolongue, día por día, la vida.

Todos los medios de vivir que no dan para vivir, de que habló con amarga sátira *Fígaro*, con raigambre en las costumbres castizamente españolas, bien mirados, se reducen al limosneo en todas las formas, desde el préstamo que no se devuelve, hasta la caridad que se pide con lastimeras voces.

Se fía la suerte, las venturas, la holganza, no al trabajo personal que hace próspera una vida y la empuja á mejorar de medios sociales, sino al azar. Fatalistas como nuestro *Don Alvaro*, entregamos las esperanzas á la fuerza del sino. Y el cuerno de la abundancia parece derramar sus bienes con cuenta gotas.

Se sueña mucho. Mas se da el caso de que la realidad sólo trae las siete vacas flacas del sueño de Faraón. Mientras tanto, la miseria, ese eterno *Shylock* sobre el haz de la tierra, se va llevando trozos de carne muy junto al corazón.

Nuestra mendicidad es crónica, irremisiblemente incurable. Es nuestro abolengo, nuestra historia y da á la vida nacional su color pintoresco, con el que nos hallamos á nuestras anchas. La capa astrosa de los hampones tenemosla en olor de santificada y heroica. ¡Ha encubierto tanto ingenio!

Claro está este carácter español en el libro picaresco de Hurtado de Mendoza. Al pasar lo de «entraña Ganivet».

«El lazarillo es la mendicidad plebeya y desvergonzada, y aquel hidalgo que se enorgullece del fino temple de su espada y de sus colores imaginados, que sueña grandezas y se nutre—como en broma—de los mendrugos que recoge su criado, es la noble mendicidad.»

No es de entonces. Hasta hoy mantiene sus blasones en pie, á despecho del tiempo

y de las raspaduras del progreso en la roña histórica. Quizás actualmente se presenta más al vivo, y con el rodar de los años la costra se ha hecho más recia en la superficie de la sociedad contemporánea española. Esa miseria no grita ni gesticula de dolor. Conserva su ingenio y hasta el regocijo de antaño.

Con abrir las páginas de una novela del día se conocen los retoños de los viejos pícaros y hampones.

Los pujos del hidalgo pobre son los mismos; las añagazas de la pobretería mendicante idénticas son.

Galdós nos ha dado también, como ayer Hurtado, la visión de estos tipos nacionales, un resumen de este estado social.

El Lazarillo de Tormes, á pesar de la diferencia de edad, es hermano de sangre de *Misericordia*. Aquella familia de campanillas venida á menos, que mantiene sus orgallos con humo de vanidad y con esperanzas de riquezas futuras ilusorias, y mantiene sus hambres con las limosnas que á las puertas de unas iglesias, postulando como

mendigas de solemnidad, recoge *Benina*, es todo un símbolo, rostro y acento de la pobreza á la española.

La miseria en otros países es forzada, vive en pleno dolor. Contra ella se siente el forcejear de las rebeldías personales. Los vagabundos de Gorki no son pobres contentos en el mal vivir del oficio de mendigos. Llevan en el alma el aliento de la resistencia, y como vencidos los arrastran los estímulos de un odio salvaje y fuerte á través de la vida.

Nuestros pobres tienen el orgullo de sus harapos, la resignación de sus hambres, la alegría de no aborrecer ni siquiera la vida.

La miseria es clásica, eminentemente solariega en tierras de España. Desde el hidalgo sin fortuna, pasando por el cesante sempiterno, para venir á parar en el *golfo* de la calle, toda la escala social, constituyen un *hampa pintoresca*, una mendicidad feliz, que acaso ponga los pies á ras de la tierra, pero tienen la gallardía de esperar la suerte de sus destinos en los altos cielos. Faraones que ensueñan...

RODAR DE LOS DIAS

Cuando llegan los primeros fríos de otoño, no buscaría yo los climas cálidos, como son las arenas del desierto africano fronterizo.

Iría más al Norte; buscaría las nieves polares, el país de las brumas, las llanuras blancas donde las auroras boreales dejan caer sus desmayadas luces pálidas.

Para la primavera, «juventud del año», que llamó Metastasio, prefiero las tierras de sol, de horizontes sin límites casi, con tonos calientes para fondo de los paisajes, campos verdes con un color de maizales levemente mecidos y donde huelen los naranjos en flor.

Entonces allá por los días abrileros y en el florido Mayo, son preferibles las tierras solares, hacia el Mediodía luminoso y claro, la casa blanca como una mancha de cal en medio de los sembrados, el huerto oliendo á flores y á frutas y delante de la casona las heredades con el regato impaciente, cuyas aguas velan su pudor de vírgenes desnudas escondiéndose bajo los rosales y las yedras salvajes.

La naturaleza por esos días parece estremecerse con carifios y sobresaltos de madre.

Esa es la tierra para vivir en primavera y estío, cuando las cigarras cantan y zalaman el aire los azahares nuevos. Esa es la tierra de las mujeres morenas, todas pasión, por donde pasa la pobre *Mignon* de Goethe añorando amores gitanos, donde hace encellar la gracia de la *Carmen* de Merimeé y cae, borracha de sol, sobre el erial retostado, la *Mireille* que cantó Mistral.

Allí es grato el sonar de panderos y paliellos y guitarras en que esparce la alegría de vivir el alma popular por las calles, en las romerías y en las verbenas, y se comprende

el espíritu de D. Juan burlador y aventurero, y nos gusta la farsa napolitana de los polichinelas, la desolación del pobre *Pierrot* de la fábula que llora el amor perdido de su pálida Colombina, la de los ojos negros.

Países de sol, tierras meridionales, son para vivir en primavera y en estío.

Pero al llegar el otoño, ó cuando vienen las primeras nieves de invierno, cuando la naturaleza parece cataléptica después de la deshoja, entonces yo marcharía más al Norte, á los países de las brumas perpetuas, de las nieblas poéticas que lloran asomadas á los altos picachos, á esas tierras donde los ríos se han endurecido y por entre las grietas del hielo se escucha el rumor de las aguas que corren debajo con estremecimientos de vida; tierras montañosas, con bosques de robles centenarios donde erraron los dioses de las viejas mitologías paganas, lugares de soledad y de silencio con días que no acaban, prolongando misteriosamente la lenta agonía de la luz.

Iría hacia allá en busca de esos horizontes de un azul fantástico, como las lejanías

en los cuadros de Patinir, en demanda de las *tierras vírgenes* descritas por Tourgueneff, donde padecen las almas más muertas cantadas por Gogol.

Y en los bodegones ahumados oiría á los bebedores de Teniers, sentados en torno de la mesa de nogal, y en el caserón antiguo, con aspecto de castillo feudal, de ventanales góticos, leer cuentos de la selva negra de Aüerbach, mientras en el clavicordio manos de mujer tocan música de Bach.

Por esos países no sonarán más que las trompas de caza en los bosques centenarios. Sólo en esos lugares puede encarnar el tipo de *Lohengrin*, caballero del cisne y soñador del ideal, y pueden revivir las leyendas milenarias con la maldición de *Wottan* y el tormento de *Viffredo*.

Y viendo aquellas mujeres del Norte, pálidas, rubias y de azules ojos, en quienes la vida es intensamente interior, como el curso de sus ríos helados, buscar otra *Ofelia*, como la enloquecida por el amor del desventurado *Hamlet*, y otra ideal *Margarita*, como la seducida por *Fausto*, que Shakes-

peare y Goethe crearon con el tipo de esas mujeres nacidas en los lejanos países de nieve y bruma.

Siempre que cambian las estaciones, cuando se acerca el otoño ó llega la primavera, me vienen á la memoria las dos estrofas de Heine en que canta al pino del Norte y á la palmera meridional.

Canta los amores de estos dos árboles, en distintos climas criados, que vienen á ser como un símbolo de las aspiraciones de todos los pueblos, á quienes el contraste de la raza y el suelo obliga á aproximarse por el amor.

Los meridionales pensamos siempre en las nieblas y en los hielos, mientras que la gente del Norte, como el *Oscard* de Ibsen, dirá siempre angustiosamente al morir:
madre, dame el soll

A CADENA PERPETUA

Por esas calles cualquier tarde se encuentran dándose el brazo múltiples parejas, marido y mujer, con santo y legal lazo unidos, que salen á pasear sus tedios íntimos. Los brazos, entrelazados, se aprietan fuertemente, como si la indisolubilidad de la unión fuese eterna. La hembra se afianza con molicie en el brazo del marido; éste, con solemne imperturbabilidad, sostiene la dulce carga del femenino cuerpo que deja á su lado el calor y el estremecimiento de sus carnes, llenas, apetitosas.

Al verlos tan estrechamente unidos pa-

seando las calles, pareceríanos ver en ellos augurios de una felicidad cierta, el contento en el amor y en el vivir. Son dos enamorados, observa y dice la gente cuando pasan estas parejas del brazo. Puede ser á veces. Se dan casos...

Mas hay que fijarse en los ojos, siempre habladores. Por más que hablen, al pasear, en un coloquio, al parecer, vivo, es necesario fijarse en la vulgaridad de las palabras y en el ahinco con que las miradas se distraen vagando al azar. Los brazos estrecharán los cuerpos, pero es seguro que las almas van completamente separadas. Se advierte al instante el tedio, el cansancio del amor, «la soledad de dos en compañía.»

Van unidos por la rutina, por la fuerza del deber, porque la suerte, tiránica siempre, ha encadenado aquellas vidas, condenadas por la ley y por la moral pública, á cadena perpetua. Así siempre. Comparten el lecho, la mesa, el paseo, el teatro, en virtud de obligación, pasivos, forzados á ello.

Si pudieran desenlazar los brazos, cada

cual marcharía por su lado diciéndose tranquilamente ¡adiós! Y en esa despedida, hecha por mutuo acuerdo, la piedad, la gratitud, algún generoso sentimiento pondría palabras carifiosas. Por el contrario, en esos diálogos que se sorprenden á trozos, cuando las parejas pasan arrastrando su ejecutoria de casados por las calles, á poco de fijarse, no en las frases, sino en la «música», se notará al pronto, en la misma vulgaridad que entrafian, la indiferencia de corazón que las anima ó el odio mal disimulado que ellas esconden.

¿Por qué ese cautiverio? Es horrible esa condenación moral á un cautiverio de por vida sólo por el delito de no quererse y por el funesto error de no haberse comprendido á tiempo. Esa pena de cadena perpetua á que se condena á los seres es verdaderamente espantosa, con caracteres aflictivos de una gravedad trágica.

Los cuerpos, según una ley física, ley impuesta por la naturaleza, chocan y retroceden. Más violenta la ley moral, almas que se han juntado en el matrimonio, que se re-

pelen, tienen que permanecer unidas, estrechamente ligadas para siempre.

El contrato de amor, con deberes morales, con obligaciones de ley, es una cosa repugnante que asquea al sentido natural de los hombres.

Quizás tuviera razón el poeta al decir para cantar la perdurabilidad del amor:

*amémonos un día; después
digámonos adiós.*

No hay mayor dolor que el de las uniones inviolables cuando se ha ido el cariño. Las almas no se entienden, no se han penetrado, no forman una sola.

La hembra entonces queda reducida, dentro de la moral, pero de una moral más altruista que la corriente, á una concubina que se entrega sin amor. Y es adúltera también, porque el corazón, aun cuando la carne no se contamine de pecado, añora otros amores más intensos, más cálidos, que no son el rígido cumplimiento de los deberes matrimoniales.

Esta esclavitud espiritual es cien veces peor que la de los cuerpos forzados, bajo la presión del látigo, á regar con sudor los surcos estériles.

Peor es también esta pérdida de la libertad que la de los presidiarios, que durante años arrastran el grillete. Al menos estos, sin desear mal al prójimo, piensan y esperan volver á ser libres en la vida, amándola y gozándola de nuevo. Para los casados, no se reanudan las dichas, uniéndose á otras existencias. Sólo la muerte liberta.

Para unir esos seres sobra con una palabra de contrato. Para desatar esas vidas no basta el caudal de odios, hechos, injurias, tornados en golpes, con que se divorcian, manteniendo entre ambos encarnizada é irreductible protesta. Y en los matrimonios, por lo general, es de más larga duración el odio que el amor. El cariño se mantiene vivo una semana; el tedio, cuando no el asco, impera luego por toda la vida.

¿Somos libres? ¿Acaso la moral, es más fuerte que la naturaleza?

Compadezco esas parejas, que algunos al verlas con los brazos muy entrelazados, envidian creyéndolas felices, unidos por un eterno amor. Miremos á sus ojos tristes. Ellos nos hablan de «la soledad, de dos en compañía.»

Son forzados, seres que la ley social ha condenado á cadena perpetua.

LA DEL ALBA

Suelo salir del periódico cuando comienza á clarear el día. Y á esa hora del alba, camino de mi casa, donde aún me espera la lectura de algún libro, el aire madrugero corre por las calles, en soledad y silencio, trayendo la sensación viva del campo lejano, por donde pasara al trasmontar las altas sierras.

Para nosotros, los forzados al trasnochar sin descanso, esa hora, de pálidas luces y de reposo plácido, es triste. Nuestros ojos, fatigados del sueño, que intenta cerrarlos, y nuestro espíritu, con cansancios del rudo trabajo nocturno, que mata las energías ce-

rebrales, miran con desabrimiento el alegre despertar del día y piden la piedad del sueño amigo.

No obstante, la del alba es la hora hermosa en que la naturaleza despierta con alborozo y derrama sobre las ciudades la paz del silencio, apenas roto por el vago retorno de las actividades humanas, que vuelven á reanudar la vida.

Al andar por las calles, tambaleándose el cuerpo rendido al sueño, párome á ratos para aspirar á plenos pulmones el aire saludable de la mañana. Solamente á esa hora nos viene á dar ánimos, á darnos vida, tan grato regalo de las montañas y de las tierras libres, que no ha viciado aún el vaho de las gentes, la roña humana, ese aire que todavía no han hecho prisionero, enrareciéndolo, tornándolo asesino, las callejas estrechas de estas urbes en que vivimos como presidiarios, forzados á la labor, esclavos de la moda, pobres seres sin libertad para desenvolver la vida á nuestro antojo, porque salen á regularla la moral social y la disciplina de nuestros deberes.

Miro también á los cielos, bellos á la claridad primera. No es posible verlos, limpios y diáfanos á otras horas del día. Sobre el recinto de las ciudades el humo de las fábricas obscurece ese azul tenue de los cielos, espacio propicio á las sofaciones más locas pero también más consoladoras de las almas.

A no ser á la hora del alba ó á la claridad tranquila de las estrellas, los ojos no buscan ansiosos esa inmensidad donde los astros ruedan eternamente, mirando la vanidad de todas las grandezas humanas y la mísera existencia de estos seres, tan pequeños, tan deleznales, que pasan y pasan por la vida de los mundos, sin dejar huella, como aguas de río que van inmediatamente al mar.

¡Con cuánta ilusión miramos las estrellas encender y apagar sus luces en lo alto, imagen de nuestros amores en la tierra! ¿Quién no las habrá amado? Es la sed de lo infinito, el ansia de lo imposible, el aliento de lo ideal que vienen de tarde en tarde á alegrar el tedio en la vida de los espíritus so-

litarios, amadores de todo lo bello y de todo lo grande, inaccesibles á la grosera posesión de los hombres.

La leyenda de aquel caballero enamorado de la luna, será una ficción poética; pero es indudable que en ella, como en el cristal de las aguas, muchas almas han visto reflejadas sus cuitas y sus amores en un más allá que no se alcanza, tierra de promisión adonde nunca se llega.

Así pienso, cuando voy camino de mi casa, recorriendo las calles á la luz dulce del amanecer. De estas cavilaciones me distraen las gentes que pasan á mi vera. Yo los conozco por las trazas exteriores. Sombríos los rostros, descompuestas las ropas, enrojecidos sus ojos, pasan muchos á mi lado por la acera.

Son los noctámbulos, los trasnochadores de oficio.

Viven durante las horas nocturnas, repugnantes como los buhos, también nochaniegos.

Al clarear el día van camino de casa en busca de descanso hasta que las sombras

de la noche vuelvan. Salen de las tabernas y de las chirlatas, de los *restaurants* y de los prostíbulos.

Son seres que consumen la vida en el vicio, suicidándose lentamente.

Muchos de ellos sabe Dios dónde van.

Yo los miro pasar, atento á sorprender en sus miradas la resolución que hostiga en aquellos momentos sus espíritus.

Pienso que corren á la muerte ó al crimen, siniestros personajes trágicos que repugnamos codear por asco ó con miedo.

Quizá hayan pasado la noche entregados al juego, y perdidas fortuna y honra, marchen resueltos al suicidio.

Si, con la mano en el bolsillo, acarician el revólver, pienso que no es la previsión para repeler un atraco en las callejas desiertas la intención que los mueve; que la idea del suicidio, laborando interiormente, en lucha con los últimos apegos á la vida, con la repulsa del instinto de conservación que se subleva, ó con los escrúpulos morales que acusan y echan en cara las miserias del espíritu, lleva involuntariamente la

mano al arma matadora, único libertador en trance tan supremo.

Y los miro seguir adelante. Pongo el oído en escucha creyendo por momentos que va á sonar el disparo.

Otros, ébrios, dando tumbos, caminan también hacia la casa, á la salida de la taberna ó del *restaurant*. Estos me lastiman de piedad. Cada cual encierra una historia íntima. Me sugieren la visión instantánea de hogares maltrechos, de amores rotos, de hambres, de castigos, de inmensas tragedias en germen. Su andar vacilante me produce espanto. Temo por lo que suceda.

Gentes de rompe y rasga, matones de oficio, borrachos por hábito, cobran el barato en las tascas, y en los propios hogares continúan en sus papeles de refidores sin par.

Cuando no caen de un navajazo, terminan por asesinar ellos á traición. Es carne de presidio ó carne de mesa de autopsia.

Por el contrario, cantando á media voz, alegres, con las herramientas de trabajo al brazo, miro también pasar á los obreros

camino de las fábricas y á los campesinos, delante de sus carros ó guiando de la rienda las caballerías, ir hacia los mercados.

Respiran salud; en su talante se advierte una impresión de fuerza, de voluntad, de contento en el trabajo y de paz en la vida. Si los agobian necesidades pequeñas, apuros de dinero, malestares domésticos, que nunca faltan y casi siempre sobran, no los van pregonando, ni siquiera sugieren la idea de ellos, ni su continente varonil, ni su andar firme, ni sus rostros serenos y sus ojos vivos.

El descanso nocturno y el aire matinal, no sólo fortalecen los músculos, sino que á la par templan los espíritus.

Unos y otros, trasnochadores y madrugeros, se cruzan, se rozan, se tropiezan, andan en una misma dirección ó marchan en sentido contrario. El contacto sin embargo, no los relaciona. Son dos zonas morales completamente distintas; dos mundos paralelos que no se han de encontrar nunca. Van los unos á la vida: caminan los otros de jornada á la muerte.

Y mientras yo marchó, cansado el cuerpo y abatido el espíritu hacia mi casa, depurando estas sensaciones de mis ojos y haciendo análisis de estos pensamientos, los últimos que en mi cerebro fatigado viven, después de largas horas de trabajo, considero que la vida presenta contrastes dolorosos, ironías amargas, pero que ellas son enseñanzas, lecciones que sin palabra da muy elocuentemeten á los hombres.

LA PERFECTA CASADA

Salimos á dar un paseo. En estos días otoñales tan templados, las afueras madrileñas convidan al andar sin cansancios y á la charla amistosa. Un antiguo camarada me hizo compañía. Ya había transcurrido tiempo desde que charlamos la vez última. Sus deberes de casado, reteniéndole en casa, le retrajeron de las tertulias de antaño.

Andábamos hablando de muchas cosas indiferentes, de pequeños hechos relacionados con este vano correr de la vida ordinaria, sin grandes emociones, monótona y triste.

Charlamos vivamente recordando las viejas aventuras juveniles. ¡Cuánta alegría loca entonces! ¡Qué derroche de humor y de salud por aquellos días!

Y en el diálogo deslicé esta frase:

—¿Qué?... Ahora ya no te acordarás de nada. Haces bien. Creo que no hay en la tierra alegría como la del hogar. ¡Y con una mujer joven y linda, y á la que por añadidura siempre quisiste con locura! Descubriste la dicha...

Pintóse el asombro en el rostro de mi amigo. A sus ojos salió de dentro un destello de tristeza infinita y con un tono débil en la voz que parecía un cansancio del alma, me repitió melancólicamente:

—Sí... ¡La dicha!

Y en su mirada, un odio desesperado brilló con trágicos augurios.

—¿Qué te pasa?

—¿No sabes?... ¿Conoces á mi mujer?

—Sí hombre: un modelo. Bella, joven, buena, honrada, amante, ¿quién la supera? Es una *perfecta casada*.

—Tú no conoces lo que es una perfecta

casada. No busques nunca una mujer de esas condiciones. Cree tú que hoy cambiaría la mía por una hembra liviana que me engañara. Con ella lucharía, y lo que fué cariño se hubiese trocado en odio vengativo. Pero, á la mía, con arreglo á la moral social, sería monstruoso odiarla. Pero, también ¿cómo quererla? ¡Ah! ¡Si tú supieras lo que es el cansancio del amor por sobra de virtud de la mujer!

—Y si es virtuosa ¿por qué no eres feliz?

—Un ser ordinario, un alma vulgar, que se atiene en sus relaciones con el marido, sin buscar otros encantos al amor, al cariño regulado, al cumplimiento de los deberes domésticos y á la obediencia á la moral social, llega á cansar, á matar todo entusiasmo, porque ha destruído por completo la suprema ilusión que alimentáramos.

—No te entiendo.

—Que son espíritus formalistas, atentos á cumplir los deberes de conciencia y á ajustarse al buen decir de las gentes.

—Pues esa es la perfecta casada.

—Oye y juzga. Mi mujer no sale nunca

de casa. Piensa que la esposa honrada no debe prodigar su presencia en público. Yo opino lo contrario. En la lucha contra todas las seducciones, estriba el valor moral de una mujer querida, y en ese batallar, el pudor femenino adquiere un temple admirable. Pues, mira: con su conducta, me impone el hogar, que es lo mismo que el encarcelamiento casero.

Y ¡qué «espantosa la soledad de dos en compañía!»

Ni viete, ni hermosea su cuerpo con esas divinos artes de mujer.

¡El lujo! ¡El embellecimiento! Pecados graves en una esposa. Esas cosas son coqueterías de mujer liviana, de «vírgenes locas» y de adúlteras impenitentes. Nada de trapos y moños. ¿Y qué?

¿Por qué se va á embellecer para los demás?

Y para mí sólo, ¿por qué no? Entra en el amor de esposos algo más que la tibia que-
rencia espiritual, y es el eterno deseo de la carne. Más que tras las bondades de alma en mi mujer, mi ilusión fué tras los encan-

tos de su cuerpo esbelto y tentador, y en sus plasticidades gallardas, mis ojos nunca saciáronse de presentir la sensual belleza, encanto el mayor de los amores en la vida.

—No; hay una superioridad en la belleza del espíritu.

—¡Tonterías de poetas! Quita la sensualidad en el matrimonio, y lo habrás destruído por completo.

Cuando llegue á morir esa ilusión, que es acoso del deseo, espoleamiento de la carne, actividad del instinto, cree que el cariño puro, y el sentimiento afectivo se han roto para siempre. Es mentira que el cansancio del amor venga por el hastío de la carne. Ese tedio amoroso no es otra cosa que el predominio de la sentimentalidad, y lo trae la *espiritualización*, la *purificación* de las relaciones en los sexos.

La naturaleza, madre previsorá, sabe más que todas las filosofías que han inventado los hombres. Cuando la vida renuncia á su *sentido natural para mejorarse con una orientación social*, se trueca con áspera, dolorosa, implacablemente desolada.

—Chico, vas por el camino de las divagaciones gárrulas.

—Pues, vuelvo á mi caso. ¿Qué encanto busca mi mujer para afianzar el cariño que nos llevó á unirnos? Ninguno. Por el contrario, ha perdido los antiguos. ¿Recuerdas tú su carácter alegre de muchachita linda y con sangre joven? Pues, ahora lo ha cambiado por un aire de seriedad enojosa, por un aplomo de vieja para quien la vida ya no tiene goces lícitos. ¡Es el carácter que debe tener una perfecta casada! ¿Cómo se puede violentar tan fácilmente la naturaleza?

Porque es más poderosa la camisa de fuerza de una moral extravagante.

¿Bailes? ¡Abominación! ¿Teatros? ¡Pecado horrendo! ¿Paseos? ¡Exhibiciones que facilitan la culpa! Todos estos recreos están mal vistos en mi esposa.

Cierto que yo saldría orgulloso por la calle, llevándola del brazo, bien vestida, tentadora en su hermosura joven, y desafiaría todas las codicias ajenas, como diciendo: ¿La veís tan apetitosa, tan linda? Pues es mía, nada más que mía.

—Pero ella sufriría la murmuración de las gentes.

—¿Y qué le importan? ¿Debe ella contentar á los extraños ó complacer mis satisfacciones?

Esa moral social es horrible. Quita á la casada todo encanto poético y la reduce á un vulgarismo repugnante. Para ella no quedan más salidas á la calle, al decir de los *meticulosos moralistas*, nuevos *testimonios* de virtud, que la iglesia, como viejas rezadoras, y el mercado, cual criadas de servir. ¿Has visto nada más repulsivo?

—Mal incurable es el tuyo á causa de esas ideas subversivas, detentadoras del hogar, contrarias á la moral en uso que es ley que acatan todas las gentes. Serás desgraciado.

—Ya lo soy, pero es por haber hallado una «perfecta casada», una honrada, una santa, como la llaman las comadrescas adulaciones. ¡Ah! hoy sería feliz, hastiado de tanta virtud enojosa, al lado de una «cabe-cita loca» que tuviera la piedad de engañarme.

LA PAZ ALDEANA

Cantando detrás de la yunta de mansos bueyes encontraba siempre á un pobre labriego al arar la tierra. Detrás de sus pasos quedaba el surco hondo, como una esperanza.

Y envidiaba yo la vida del aldeano. Reducía sus amores al trozo minúsculo de prado que laboraba, y todas sus ilusiones fiábalas al surco recién abierto. Los cielos le enviaban el agua fecundante y la tierra, con cariños de madre, le daba los frutos que la pedían.

¡Ni inquietudes, ni afanes, ni ambiciones!
¡Ah! Eran dignas de envidia aquella paz al-

deana y aquella vida oscura de los humildes. ¿Qué importaban al pobre labriego, contento en su bárbara ignorancia, bien quisto con la salvaje libertad en el soledoso retiro de los campos, las luchas de los hombres, el chocar de las ideas, los grandes dolores de los espiritualmente vencidos en sus ambiciones de gloria, de poder y de fortuna?

Sería feliz ¿quién lo duda? Yo así lo pensaba y de continuo pienso en él y le recuerdo en instantes de tedio y de cansancio.

No conoce los grandes dolores, ni las luchas trágicas, esos dolores que no se lloran, ni esas luchas que no derraman sangre. ¡La gloria! Una inmensa vanidad. Tras ella van todas las almas ambiciosas, egoistas del propio bien. Por ella en la juventud se han sacrificado las alegrías y los amores, y vanos sueños de quiméricos triunfos, efímeros como toda vanidad humana, han venido á nutrir el cerebro á costa del corazón. Demos por de contado que se ha adquirido un renombre, que el aura popular, lacayuna adulatora, alaba talentos y virtudes.

Y ¿qué? La envidia dará su dentellada, y las satisfacciones de la vanidad personal no bastan á compensar los sinsabores del daño que causan las murmuraciones malévolas. La gloria no es nuestra. La da ó la quita á su antojo la muchedumbre, movida por pasiones de la más baja ralea. A fuerza de luchar sin descanso, con superioridad de espíritu, muchas veces engrandeciendo, perfeccionando ó por lo menos mejorando á las multitudes, un hombre de genio, por ley de conquista, merece y alcanza la gloria. Parece que debiera tener sobre ella derecho de propiedad. La ha conseguido á costa de desvelos, de afanes, de sacrificios, de sudores y fatigas sin cuento.

Y un día, tremendo día que siempre llega, dada la maldad instintiva de la bestia humana, ve que esa aureola de popularidad, que ese nimbo de gloria, han desaparecido. Su nombre, antes ensalzado, es un guñapo que agita al viento la maledicencia y las burlas de un populacho irreflexivo. Entonces, en medio de la trágica desilusión, es obligada la pregunta: ¿para qué han



servido tantos afanes? ¿por qué le fiado á estos seres sin corazón y sin cerebro, rebafío humano despreciable, una vida consagrada al estudio y á la creación? ¿Qué valen ellos para que un espíritu, ávido de engrandecerlos antes que engrandecerse á sí mismo, los haya amado tanto?

Peor es todavía la suerte de los que han cifrado el egoismo en allegar riquezas. Si las obtienen ¡cuántos sacrificios! Son vidas heroicas las de estos hombres que no han gustado nunca la paz humilde, el reposo del alma jamás saciada, á quien acosa de continuo un vértigo loco, un ansia inmoderada de avaros empeños.

¿Qué han gozado en la existencia? Mezquino el ideal, la hartura de riquezas, baja la pasión impulsora de sus energías, la avaricia, á los que han subordinado la intelectualidad y el sentimentalismo de sus existencias activas, desordenadas, en continua batalla, pero oscuras, y llenas de una tristeza irremediable, la que producen privaciones y sobresaltos al correr el azar de la fortuna, llegan estos seres al fin de la vida,

rendidos, desilusionados, completamente ahitos, sin bríos y hasta privados de sueños, esos sueños que son una sed del espíritu y al mismo tiempo una esperanza de felicidades futuras, y necesariamente, al llegar con la hartura el hastío, repiten el eterno grito: ¡todo es vanidad, vanidad de vanidades!

¿Qué es el bien?... ¿Qué es el mal? Así pregunta un personaje de novela. La respuesta queda sin formular, y sobre ella es necesario pasar con temor.

Grandes dolores son estos silenciosos, los que ni gesticulan ni gritan.

Los seres que consideramos más felices llevan en el fondo una tristeza de vivir incurable. Si alcanzado lo deseado, sin ambiciones de conseguir más ¡qué tedio los abruma! Sí, por el contrario, les han salido fallidos los egoísmos; si ni siquiera les queda el supremo consuelo de la ilusión, forzados á eterna desesperanza, por siempre vencidos, ¡cómo el odio les amarga las vidas!

La conciencia de la inutilidad de todo esfuerzo en la lucha por la existencia, es el

mayor dolor humano. ¿Quién ha medido su inmensidad ni ha determinado sus límites? Se siente y se le sufre en silencio. El dolor voceado, aún el mismo que llora, no es íntimo; y por tanto no es reconcentrado ni intenso. ¡Si al menos los demás lo quisieran compartir!

La ambición del poder, de la gloria y de la fortuna acosa á los hombres que se creen superiores. Precisamente si alcanzaran una superioridad de espíritu, de que se creen dueños, despreciarían la vanidad de vanidades, buscarían la sencillez, la primitiva rudeza, porque en ellas encontrarían la paz, el amor, la alegría del vivir, que egoistas y locos, van buscando por los caminos del dolor.

¿Vale acaso una gloria de siglos, la fama en la posteridad, lo que un solo día de dicha íntima, de reposo espiritual? ¿Por qué estos afanes enfermizos que nos roban el encanto de todos los amores y la quietud consoladora de nuestras vidas?

Todo es efímero, pasa y rueda al compás de las veleidades de las muchedumbres y

va fiado al azar de la suerte, tornadiza y voluntariosa como carifio de mujer.

Cuando amargan mis horas de soledad estas cavilaciones sobre la vanidad de las grandezas y de los honores porque dejamos en el curso de la vida, sueños, amores, reposos, alegrías, me acuerdo del labriego que cantaba, detrás de la tarda yunta, al arar la tierra. Entonces, pienso en la dicha de la paz aldeana, en la santa ignorancia, bárbara si se quiere. No tendrá el campesino en su vida más que dolores pequeños. Acaso si alguna vez se halle triste mirando el surco seco ó los árboles de la huerta sin fruto, y á lo más, alguna vez llorará viendo al perro, fiel compañero, enfermo y moribundo.

NOCHE-BUENA

Bah!... Tonterías de poetas *cursis!*... Cerramos el balcón y á dormir. Antes he de leer unas cuantas páginas de Nietzsche. Son lectura que conforta el espíritu, y lo temple, estrujando en el corazón los sentimientos, como manos nerviosas estrujan el zumo de un limón. ¡Noche-buena!... Y á mí ¿qué me importa?

Conmigo no reza la vieja copla que dice:

*La Noche buena se viene,
la Noche buena se va,
y nosotros nos iremos
y no volveremos más.*

En la soledad en que vivo, en que siempre he vivido, puedo decir que para mí no hay Noche-buena, que no he sabido nunca lo que es. ¡Bien! Mucho mejor... Hay que tener siempre presente aquella famosa frase de Ibsen: *el hombre más fuerte es el que está más solo.*

Y esta noche es para mí como otra cualquiera, sólo que en lugar de divertirme en el hogar como los demás me quedo en casa leyendo. Sí; *cultivemos el huerto.* Lo dijo el poeta. ¿Qué es una vanidad? Es buscar en las propias energías espirituales una gran fortaleza para luchar en la vida. Leamos...

«La idea es el alma-mater de la humana especie; la sentimentalidad es su corrupción»...

¿Ruido en la calle? Son las zambombas y los panderos que levantan un loco rumor de fiestas. ¿Cómo? ¿La alegría ajena tiene derecho á turbar este silencio de mi soledad? Ah! Pero son niños!... Y ¿por qué nosotros, hombres estériles, apegados al dolor con ahinco, por voluntaria inclinación, hemos de privar á esos seres su júbilo espon-

táneo, francamente sincero? Filósofos, el amor pasa... callad...

Ya han cesado los rumores ¡quizás los niños se han dormido! ¡Dichosos de ellos! Y ¿por qué no duermes tú? me pregunto yo ahora. Las ideas me despabilan el sueño; necesito disciplinar mi espíritu, hacer vida introspectiva, vida interior. Cuanto más solo, más fuerte y más ampliamente se abre el alma al infinito de los sueños y á la profundidad de las cavilaciones.

Quiero aislarme, y encerrado en mi habitación procuro leer, fatigar el pensamiento. Nada de lirismos, que es vano artificio todas esas melancolías que inventan los poetas en vísperas de Noche-buena.

Mas no puedo leer. Como sube de las calles la algazara popular, como todo son músicas y cantos, y me aturde ese clamor alocado, cerraré las maderas del balcón para emparedar mi espíritu, para hacerle por completo el silencio en torno.

Cerremos... ¿Luz en la casa de enfrente? A través de los cristales mal empañados por la niebla, en el interior veo una familia que

se prepara á la cena, á la colación de la clásica Noche-buena. ¿Quiénes son? No me importa. Y por una extraña asociación de imágenes, yo me pregunto: á estas horas ¿qué harán los míos?

Maquinalmente, repito luego: ¡Solol... Miro al libro y no leo; más que pensar con fijezas, siento sugestivamente. Pasan por la memoria recuerdos; retoman en el corazón carifios viejos; la imaginación se mece en medio de lejanas remembranzas; detalles de mi vida, en que nunca había fijado la atención, surgen de pronto, no sé por qué extraño fenómeno psicológico, y se agrandan y dominan por completo mi pensamiento, ejercen plena soberanía sobre mi espíritu. Pienso en mis quereres idos, en mis recordaciones más que en mis esperanzas. No vivo ahora en el presente, sino en el pasado.

Y el corazón parece que dentro me llora...

*La Noche-buena se viene,
la Noche buena se va
y nosotros nos iremos
y no volveremos más.*

HOJAS CAÍDAS...

No hubo sangre. Cortóse antes de llegar al desenlace, el drama en ciernes. Trágico hubiese resultado de herir á tiempo, y buscando el corazón con certero instinto, el arma blanca que esgrimiera un esposo, vengador de su honra. Y ahora, acaso si

baña llorando el ofendido lecho.

Trátase de un obrero, pobre hombre, sin más recursos que un mísero jornal, que desposara á una hembra, hermosa, joven, peinadora de oficio. Duró un año, mal con-

tado, la paz matrimonial, de continuo alterada por la escasez de recursos y por choques de los dos caracteres que no pudieron nunca maridar. Con ellos vivía la madre de la moza. Yo los conocí y eran de mi trato...

Hace días, muy pocos, la muchacha huyó del hogar. Fuese á vivir con un señor cuarentón, rico en hacienda, espléndido, merced á las muchas sobras de sus rentas. A la primera noticia de la huida y burla de la chica, el marido empuñó la navaja pronto á limpiar con sangre el agravio á su honra. No sé qué súplicas maternas ni qué consejos de comadres desarmaron su cólera. Lo cierto es que no mató. Bien; un crimen menos.

Me han venido á confesar sus cuitas y yo les he escuchado atentamente, sin entregarme al reproche, ni mucho menos caer en los consejos, si pedidos, no dados. Tengo un criterio muy ecléctico en cuestiones de moral, y así, al són que me hablan, otorgo, *pro fórmula*, asentimiento. Mi ética es subversiva. Por eso la reservo.

No acaban las instigaciones que mueven

la cólera de la madre. Con llanto en los ojos cuenta su desventura, la que llama deshonor de su hija. ¡Faltar á Dios! ¡Destruir el santo lazo que la religión le impusiera!

Siente el escándalo. ¿Qué dirán las gentes? Ahí está el motivo de sus enojos y de su vergüenza. Es un borrón de ignominia que cae sobre la familia. Honrados quedan siempre los suyos, casados en ley de Dios, y legítima la prole que dieron al mundo. Y la chica, ¿qué ha hecho con su huída? Injuriar la memoria de todos sus antepasados, escarnecerla, escupirla, burlarla.

Casada, en legítimas nupcias, ya estaba á cubierto de toda deshonor. Su único afán de madre fué siempre casarla, nada mas que llevarla á un matrimonio legal. ¿Pensó alguna vez en la felicidad de la hija? ¿Anduvo diligente en dilucidar cuáles eran las ansias de la moza, por qué camino encontraría ésta sus dichas ciertas? No. Pensó nada más que en entregarla á un hombre, al primero que la pidiera. ¿Acaso caviló que aquella vida no le pertenecía, que era libre, dueña y señora de seguir la ruta, dentro ó

fuera de las leyes divinas y humanas, al fin convenciones sociales, que mejor cuadrara á su naturaleza y al goce de la existencia que necesitaba, con derecho inalienable á conseguirlo?

No quise interrogarla. Noté que eran firmes sus convicciones en punto á la moral social y que se trataba de un espíritu atávico, intransigente, aferrado á las viejas costumbres, satisfecho de la constitución actual de las familias. No importaba á ella que en el hogar no hubiese amor; lo necesario era el deber. No me parecieron, sin embargo, tan inflexibles sus principios éticos, á juzgar por ciertos atisbos de transigencia que en su charla me pareció advertir.

Su moral resentíase del prurito de la práctica externa; era meramente convencional. Temía el escándalo y condenaba la forma solamente en la violación de las costumbres y de las leyes.

Concedía ciertas libertades en moda. ¿No era mejor el fraude secreto en el hogar? ¿Qué importaba el engaño matrimonial sin

publicidad? ¿Acaso la bastardía en las familias, los hijos fraudulentos, iban á alterar su constitución íntima, su complexión jurídica, su entidad social? Cuanto más traicionero el engaño y más encubierta la infidelidad por un exceso de perfidia, abusos que repugnan á todo espíritu recto, que asquean á las conciencias que saben poner el pensamiento en alto, mayor sería el respeto que ese hogar, en lo íntimo profanado, merecería siempre á las gentes.

En esta clase de delitos lo que se condena es el ruido; pena el arranque generoso del sér que se declara libre y tiene el valor de afrontar los imbéciles entredichos de la sociedad, en cuyo seno esos delitos no son pecados porque se guardan en el secreto.

La vieja me habló, para justificar su indignación, de Dios, de los muertos, de los vivos, de leyes violadas, de santidades escarnecidas, de tradiciones consagradas, de costumbres acatables. Lo que no ví en ella, ni en sus palabras, fué una rebeldía del instinto de madre, amor el más grande, que todo lo perdona.

Llegó el turno, otro día, al esposo ofendido. Vino á hablarme, rojo de ira, con palabra vibrante de cólera. En ella ví más que un amor que se ha lastimado de la pérdida del bien querido, el celo brutal del macho que se ha encontrado sin hembra. Más que el quebranto en la pasión amorosa, impulsaba sus rencores la violación que se le había infringido á su derecho de propiedad sobre una mujer. ¿Se casó por amor? No; por necesidad. Ya hombre, en la plenitud juvenil, precisaba una hembra; escaso el jornal, le era necesario buscar una ayuda. A más de la hembra y de un salario, con la esposa venía á la casa una bestia de trabajo, una criada para los menesteres domésticos y una enfermera para los casos de accidentes en el oficio ó de naturales daños en la salud.

En estos matrimonios la razón está en el lecho.

¿Con qué se compra esa esclava? A los ricos, una hembra, guapa como la de este obrero, les cuesta mucho dinero como querida; como criada, en obligación de darle

alimentos y salarios. En cambio, al pobre, no le cuesta más que un acta de casamiento. Bien poca cosa.

Pues bien; el marido de este caso que cuento, me habló largamente de la perfidia con que su mujer lo abandonara. Pensó en los primeros instantes matarla. Estos agravios á la cordura, en la justicia corriente de las muchedumbres, no se lavan más que con sangre.

¡Pobre de mí! Ante aquel sér vulgar, de espíritu mezquino, yo levantaba el corazón para que no lo rozara el vaho de sus pasiones miserables. ¡Pensé en el «Karenine» de Tolstoy, recordé el «Orozco» de nuestro Galdós!

No mató. Pudo más el miedo, que amparaba sus cobardías en las súplicas y consejos de los demás.

Desechado ese camino, intenta ahora otro, más vil y repugnante, la reclamación judicial. Así vendrá ella de nuevo al hogar repudiado, ó penará con días de cárcel su delito nefasto de adulterio. ¡Un amor que se ampara en la fuerza! ¡Una mancomunidad

de vidas legitimada por la violencia, impuesta sobre la base de un derecho, cuando los seres que han de convivir han separado definitivamente sus almas y han sentido el asco con que los cuerpos, al querer-se juntar, se repelen.

No quise oírle; ni siquiera le dí la mano en la despedida. Aquel hombre me pareció caído en el mayor envilecimiento. Desde la ventana lo ví andar camino del juzgado, como si éste fuere un mercado de esclavos, paladeando por anticipado el goce sádico de las venganzas dolorosas, y en las manos llevaba el escrito de demanda que me recordaba la hoga que manda poner la ley á los ajusticiados.

A ella, á la moza, no la he visto. Debe vivir contenta en su nueva libertad.

Yo la disculpo; santifico esa rebeldía que tiene mucho del espíritu intrépido, anárquico, bajo más toscas formas y menos altas ideas, de la *Nora* sin par de Ibsen.

¿Porqué no admirarla? ¿Qué otra riqueza tiene más que su hermosura?

Y si á costa de ella, puede vivir en la

holganza, libre de cuidados, sin trabajar como una bestia, destrozando el orgullo de su belleza á la torpe ambición de un explotador, á quien no ama, de quien no es amada ¿por qué no ha de concedérsele esos días de esplendor y de felicidad que ha encontrado al huir del hogar marital?

Tarde ó temprano la he de hallar en coche por las calles, radiante de hermosura y lujo. Recordaré entonces sus días de miseria, sus días de honradez, cuando iba casi descalza, ajado el rostro por trabajos rudos y por el hambre, y al verla pasar, hasta me descubriré ante ella respetuoso!

¡CABALLOS, CABALLOS!

No entraba en mi alma el sol del día.

Sentado junto al velador del café, con ojos distraídos, miraba el desfile de las gentes, camino de la plaza, en tarde de toros. Propenso á las tristezas sin motivo, en medio de la muchedumbre clamorosa que pasaba, jamás me he sentido más solitario. A veces el júbilo de las multitudes no puede llenar un alma sola. Los ojos defienden la tristeza interior. Son como los vidrios en los ventanales góticos, vigilantes de la poética penumbra de las naves, que es soledad y silencio, ante la invasión de la cruda luz solar de fuera...

El rumor de la alegría popular, la inmensa ola humana, el alma española con su traje de luces, pasaban á mi vista sin rozarme el corazón con su delirio de entusiasmo. Por mi innata pasión por el color, únicamente complacíame, sin emocionarme, el lento desfile.

Calle abajo, los carruajes rodaban aireando encajes de mantillas blancas que encuadran rostros morenos; y al sol, vivo aún, rojeaba el floripón de los mantones, cuyos flecos temblaban al mover las hembras con donaire clásicamente madrileño, los flancos, al andar por las aceras.

Cuadro de color y vida, en verdad. El pueblo se echaba á la calle borracho de sol.

Mas, la muchedumbre pasaba en torno mío. Tras sí se llevaba todo. Mantillas, caireles, mantones, sombrillas, abanicos, claveles, la nota pintoresca, el ambiente femenino de la clásica fiesta, visión prodigiosa que solaza los ojos, iban en marcha sin detenerse. Los gritos, el rumoroso vocerío de la multitud, lo que puede llamarse el alma de la alegría, iban también de paso y se-

guían á lo largo de la calle perdiéndose á lo lejos.

Como el sofiador lugareño que creara Rusiñol, viendo el carro de los bohemios, la farándula funambulesca en marcha, yo también pensaba en el desfile de las gentes camino de los toros. Sí; era *la alegría que pasa...*

De pronto, en la ola tumultuosa que seguía calle abajo, detrás de la calesa de los toreros, que iba sonando cascabeles, al trotar de las caballerías, música enardecidora de entusiasmos para otros, fúnebre para mí como campanillazo de viático, montado por el picador con traje de plaza, pintoresco y fanfarrón aun camino de la muerte, apareció un caballejo de lidia, reacio á la espuela, rebelde al freno, como negándose, con gallarda actitud, á seguir adelante. Era lucha de empeño.

Quizás fuese un viejo resabio de bestia arisca; tal vez un instintivo arranque de rebeldía ante el castigo; es posible que un presentimiento del peligro próximo es lo que hacía clavar los cascos del animal te-

nazmente en el suelo, desafiando la brutal acometida del hierro en los ijares, que los abría haciéndolos sangrar.

Con un esfuerzo desesperado, despertando los últimos vigores, levantaba las manos en alto, en actitud de matar. Después, rendido en la brega, le ví caer en tierra.

Y... al fin, ¡tiranía de los fuertes!, dominado ya, siguió. En la nube de polvo y en medio del remolino de gentes, al alcance de mi mirada, se perdió.

No sé por qué continué pensando en el pobre caballo. ¡Aquella inútil resistencia de forzado! ¡Aquella caída de Nazareno!...

¿Por qué no reconocerle un instinto de sentimental á la rendida bestia? ¿Qué acosaba su cólera? ¿Por qué resistir? ¡Quién sabe!...

Me fijaba, rememorando, en un detalle, en la tristeza y ahinco con que volvía la cabeza resistiendo el bárbaro tirón de la rienda. Sin duda venteaba el campo orientándose para correr fugitivo. Presentía su trágico fin en aquella tarde de alegría popular, y anhelara tal vez huir en demanda de los suyos.

Triste historia la de su vida. Penosa y todo la labor campesina, era mejor que morir destripado entre el clamor delirante de un pueblo que le aclamaba al caer. No se sentía héroe.

Los días pasados, ¡qué trabajosos, pero qué alegres eran! Molestos fueron los días de sol en el campo cuando se araban los predios; pero el surco abierto traspiraba el acre olor y la humedad de la tierra removida que calmaban las fatigas y secaban el sudor. Y luego, en las semanas de trilla, al trotar sobre las haces agavilladas en las eras, ¡qué esfuerzos rudos! Pero también ¡qué apetitoso el grano nuevo, pródigo á sus deseos!

Por invierno, monte arriba por la vereda, apisonando la nieve, la jornada era penosa; mas, al descender, con los troncos de leña sobre los lomos, ya traía el calor de los tizones para los amos, mientras él en la cuadra, entre las vacas, junto á la compañera, la torda yegua fecunda, calor encontraba también. Y ahora ¿qué había sido de ella?

Las tardes bajo el cobertizo del molino, oyendo el gorgoteo del agua y sorbiendo su frescor, eran hermosas; los medios días de calor á la sombra amable de los árboles, pastando en horas de descanso, no eran para olvidadas, por lo mucho agradecidas. Y las romerías, aun con aquel galopar desenfrenado á que le obligaban, eran recuerdos de orgullo, triunfos envanecedores por la pujanza juvenil y la gallardía altanera que todos celebraron.

Después, ya llegaron peores tiempos. Pasó á poder de la gitana tribu, tratantes, ladronzuelos que apenas si le entretenían el hambre. Malos eran los golpes, dolfan las desolladuras, pero era una gloria la vida errante de pueblo en pueblo, en las grandes ferias, con jornadas largas de día, con descansos nocturnos, ya en la cuadra de una venta á la vera del camino, ya al soco de una tapia en aislada alquería, al cielo raso en noches de luna, bajo techo en las noches de ventisca. Y el vagar sin trabas en los prados, y el correr á voluntad por los senderos, fueron venturas de otros tiempos.

Era, sin duda, rural; nació para vivir en pleno campo, mejor en salvaje libertad, sin trato con los hombres. ¡Ah, si al menos hubiese encontrado como *Sultao*, aquel pollino de un cuento de Trinidad Coelho, un amo con quien retozar, compartiendo ambas todas las dulzuras de la vida!

No le gustaba la ciudad. Forzado á la esclavitud del carricoche, arrastraba antes el lujo supérfluo, siempre bajo el látigo que desollaba su piel. En este oficio, por más que trabajara bien, no le tenían carifio. Ni le estimaron que llevase de prisa á citas de amor, ni tuvieron en cuenta que fué amigo y cooperador en todas las andanzas del vivir.

Ahora viejo, ya inútil, sin fuerzas ni arrogancias, deseando morir solo y libre en el agro, lo vendían á poco precio, para que fuese á reventar en la plaza destripado.

.

.

Estuve atento toda la tarde. Regresaron las gentes con clamores de tarde feliz, cansadas de tanto gozar. Quien no volvió fué el pobre animal. No le ví tornar.

Pensando en él, en su historia y su trágico destino último, sentí piedad por él, algo como el doloroso recuerdo de un cariño muerto; sentí odio por los que le vieron morir, aplaudiendo frenéticos su actitud heroica al caer.

Y cavilando, cavilando, evoqué viva en mi memoria, y sobre todo en mi corazón, la figura de aquel hidalgo de la estepa que pinta Tourgueneff, llorando silenciosamente la muerte de su caballo.

RIGORES Y LENIDADES

Por curiosidad acostumbro á leer las revistas de Tribunales en la Prensa. No es que sobre mi ánimo ejerza sugestión el relato de crímenes, ni las consecuencias afflictivas que los fallos puedan traer me causen ni curiosidad ni espanto. Es que en los hechos que se ponen á juicio me suelen revelar casos de psicología, muy dignos de estudio, y me enseñan errores de moral, que necesariamente deben ser tenidos en cuenta.

Es pavoroso el problema de la administración de justicia. A mí me espanta, y no

sería juez en causa alguna por miedo á no ser justo, pecando por carta de más en el rigor ó por carta de menos en la misericordia. No es posible hallar, por lo menos yo no lo hallo, la unanimidad entre las lógicas apreciaciones del juicio y los desbordados impulsos de la sentimentalidad. Para juzgar á un hombre es necesario hacer examen de conciencia, como si uno se juzgara á sí mismo. No sólo es preciso conocer los antecedentes patológicos del reo, la historia de su vida, su complexión espiritual, su educación, su sentido moral, sus ideas en punto al concepto del delito, sino su estado de salud y de equilibrio mental. ¿Cómo en un momento se puede desentronizar toda la psicología de ese sér? ¿Cómo, por los datos que arroja un proceso, conocer todas las intimidades de su vida?

Por lo general los jueces, al instruir un sumario, no piensan más que en esclarecer el hecho, comprobarlo y buscar la plenitud de certeza respecto al delincuente, á quien se han de exigir tan graves responsabilidades por su palmaria trasgresión de la ley.

¿Quiénes son los llamados á juzgar y á sentenciar? Hombres son también con pasiones, ideas y prejuicios. Unos llevan el lastre de sus ideas morales, recogidas en medio de la sociedad en que viven; otros, los prejuicios del código que han estudiado en los libros. Pero ¿se despojan de todo eso, y miran frente á frente el hecho, buscando para juzgar, la lógica ilógica de la vida y el fatalismo inconsciente de los hechos humanos, mil veces insuperable de un sér, que contra nuestra voluntad nos empuja á delinquir? No. Eximentes y atenuantes, en muchas ocasiones apreciadas en favor de los reos, no son más que escapes para que se consume la injusticia.

Yo me asusto y me indigno en ocasiones. Hace pocos días he visto que fué condenada inexorablemente una pobre muchacha por el delito de infanticidio.

Había matado, al nacer, un hijo y lo enterró. ¡Crimen espeluznante!

Contra ese hecho bárbaro, en que hasta los instintos maternales fueron violados, la vindicta pública se levanta irritada, y los

jueces de hecho, no de esa opinión, han condenado sin piedad.

Mas yo, atento á mirar las causas determinantes de esos delitos que, á más de las leyes, condena la moral corriente, disculpo á la chica, y de todo corazón la absuelvo en el fuero de mi conciencia. No es ella responsable del delito. Si no fuera esta moral ridícula que impide á una mujer amar libremente, entregarse con pasión cuando en ello lleva gozo y contento, y cuando el fruto del pecado viene al mundo, criarlo y amarlo con cariños de madre, esa chica no hubiera resultado criminal. ¿Qué hacer, si amó? Llegado ese momento de la deshonra, hubiese sido arrojada de la casa paterna, escarnecida de todos. ¿Cómo entonces condenarla, si delinquiró forzada á ello?

Otro día es condenada una adúltera. Buen castigo y justo. Faltó á su marido, entregándose enloquecida en brazos de un amante. ¿Puede haber delito mayor? Que pene su falta de religión y su carencia de sentido moral. Antes que el amor está el deber.

Cierto que hay antecedentes que abonan

su conducta. Fué casada á la fuerza por imposición de los padres, que necesitaron, en provecho propio, sacrificar la felicidad de la muchacha. Amaba á otro. Al convencerse de que en el matrimonio, junto al sér imbécil y aborrecible que tuvo por marido, sentía el tedio ó el dolor de las grandes angustias, por un resurgimiento del instinto de conservación, quiso vivir, amar, ser libre. Y se entregó, sin reservas, con escándalo público, al hombre que siempre amó.

Por ese nefasto delito es condenada. ¿No la absolveríais vosotros? Yo, en nombre de una moral más altruista, hasta la santificaría. Pero, en días de cárcel purgará su amor y su sed de libertad, ¡su grandeza de alma!

Más adelante leo que un estudiante es condenado por estupro.

Se trata de una modistilla que, con su trabajo, mantiene á los padres. ¡Poema de virtud que hace llorar y maldecir al seductor!

Mas fijémonos. Los padres son unos holgazanes que han permitido todo género de obsequios al estudiante. Es decir, lo han explotado. Por fin, averiguado que los pa-

dres del muchacho tienen hacienda, con malas artes preparan la «encerrona». No hay remedio. La chica es menor de edad. O casarse ó pena.

El fondo moral es horrible. Los padres de ella debieran ser los verdaderos responsables, pues su astucia disimulada representa una bajeza de espíritu, una perversión moral extraordinarios. Pero ¡ellos lloran! ¡Su honra! ¡Su pobre hija desgraciada!

Así muchos casos. En cambio se usa una lenidad escandalosa absolviendo al marido que mata á su mujer porque lo engaña. Es el punto de honra del drama calderoniano que exige castigo y venganza á mano airada.

¿Cuándo acabarán todos estos errores morales y jurídicos? Mientras sigan imperando en la gazmofía sociedad actual ideas viejas, conceptos del honor caducos, una ética que repugna al sentido natural, veremos que se seguirá sentenciando con arreglo á un código penal atrasado y á virtud de una moral buena para hace cinco siglos.

Lo que sobra de justicia legal falta de justicia ética.

EL BUEN TIEMPO

Salió por primera vez hace unos días al balcón, fronterizo á mi casa, la chica de cabellos y ojos negros que, á la llegada del tiempo primaveral, todas las mañanas, á la hora de sol, saca el tiesto de claveles á orearse al aire. Cuando la veo, después de una ausencia de meses, los que dura el crudo invierno, con sus nieves y brumas, la alegría y el sol parece que me llegan á lo más hondo del alma, y pienso en los días hermosos, en el renacimiento de la vida, en el retorno de las mañanitas primaverales bien amadas. En la maceta, en los gajos de

los claveles que, asomando por entre los hierros del balcón, mirando con coquetería de mujer á la calle, comienzan á reventar las flores esas que, rojas, frescas, irán ofreciéndose, día por día, á la niña que las cuida para que las luzca en sus cabellos, ya una tarde de toros, ya en el callejeo del Jueves Santo ó en una de las primeras verbenas «que Dios envía».

Mi gentil vecina este año, como en los anteriores, me ha traído la buena nueva de haber llegado el tiempo primaveral. Por la calle, á pleno sol, en la tarde del domingo, he visto circular las gentes con un aire de alegría interior. Y siguiendo el oleaje humano, me he dejado llevar á la ventura, sin ruta fija, nada más que ansioso de vivir, olvidado de pesadumbres y de afanes. El holgar dominguero lleva una muchedumbre á llenar las calles, y el buen tiempo la torna activa, regocijada, rumorosa. Revuélvese en las calles céntricas, alborota en los barrios extremos y se derrama por las afueras.

He querido expansionar el ánimo también, celebrando el retorno del buen tiem-

po. ¿Dónde ir? A cualquier sitio donde corra libre el aire y haya sol. Y he subido á un tranvía, en el primero que ha pasado. Calle de Alcalá adelante he ido camino de las Ventas. Desde la plataforma he visto las aceras llenas de gentes, y un sinnúmero de carruajes soberbios rodando, al tirar briosos los caballos.

Tarde de toros, anda la multitud en demanda de la plaza. Suenan los cascabeles en las colleras; gritan desde lo alto de los ómnibus en marcha; pasa sobre los hombros de una hembra, un mantón de Manila con sus floripones de color de sangre, y alguna mantilla blanca encuadra un rostro moreno, que sigue en el desfile y se pierde á la distancia: sobre muchos senos de mujer se recuestan con pereza ramos de rosas nuevas. Cabalgando en los míseros jacos pasan los picadores y los monos sabios con la nota roja de sus blusas, y después el carricoche de los matadores y banderilleros con sus policrómicos trajes de luces. Son la alegría que pasa...

Y jadeante la muchedumbre á pie, aviva

el andar, curiosa de la lidia, bajo un sol que emborracha.

Por entre ese gentío que invade ambos lados de la vía, seguimos adelante. A las puertas de la Plaza lo dejamos, y cuando queda atrás aún oímos el clamor de su entusiasmo que vocea.

Es el buen tiempo que ha llegado. Con él han venido las corridas y la animación en las calles del domingo. Parece que el sol, con la alegría, ha traído también la vida.

Voy pensando en la felicidad de las gentes que hemos dejado atrás, en el abandono de todo cuidado con que se divierten, cuando alcanzo á ver una pareja que, cogida ella al brazo del galán, avanza con lento paso camino adelante. ¡Quizás son novios!

Hasta el amor, en estos días, sale á tomar un poco de sol.

Todavía, á corta distancia, yo los veo cómo se hablan, cómo se miran. Los ojos de ella buscan con ansia los amigos ojos, y él debe charlarle promesas de dichas ciertas. En la intimidad de su coloquio, que no oigo, mi curiosidad ha querido leer... Y he senti-

do envidia. ¡A ellos el buen tiempo les ha traído unas horas de abandono amoroso, en la libertad y el silencio del campo!

Después, de cerca, al pasar, he visto en los ojos de ella como lágrimas, y en su cara pálida, profundamente demacrada, la huella de un daño que roía dentro. ¿Livianas promesas? Hablarían de amor, como sospeché, pero de un amor triste, que ni siquiera esperaba ser dichoso en una vida que por momentos se iba.

Y la tos seca, que llevaba la sangre a colorear el rostro de ella, bello en su blancura de enferma, era un trágico augurio.

¡Oh, el buen tiempo!... ¿Para qué servía?

Para otros, salud, alegría; para aquellos amores delincuentes, presto rotos, una tristeza más, el dolor fatal é irremediable.

¿Por qué volverían el sol y el soplo del aire grato y las flores nuevas?

Y allá quedó la pareja de novios, á solas con sus carifios, en medio del camino bañado en luz, charlando, mirándose, siempre andariega.

Cuando llegamos á las Ventas, el sonar

de un organillo me llamó á un merendero. Chillaba entonces un *schottis* chulesco. En las mesas hembras de mantón y hombres de gorra y tufos, gente de rompe y raja, andante guapeza á la española, apuraban á sorbos, entre requiebros y reproches, las copas de vino, rojo como sangre. En el jardinillo, donde unos árboles desperezando las ramas esparcían la alegría de las primeras hojas, bailaban atropellándose las parejas. ¡Qué ruido! Sudorosos, jadeantes, no sentían el cansancio, y enloquecidos continuaban danzando. Era una alegría loca.

No bien cesaba el organillo, de nuevo volvía á chillar. Y vuelta también las parejas al bailar sin reposo. El sol, cayendo de lleno, más bien que fatigarlas, las enardecía.

El buen tiempo llevaba á aquella gente de buen humor á refocilarse unas horas en el jardinillo de un merendero. Allí comenzaban historias de pasión; allí también se terminarían tal vez á navajazos.

También quise entretener el ocio, y sentado junto á una mesa, me divertía mirando

el espectáculo. El júbilo ajeno en mí dejaba un poco de su contento.

Miraba, cavilaba, sentía...

De pronto, cerca de las tapias del merendero, pasó un carro fúnebre de blanco color. Iba lento, mostrando lastimoso aspecto. Las ruedas, surcando el polvo del camino, no hacían ruido casi, como si no quisieran llamar la atención. Parece que huían interrumpir la alegre fiesta.

Dentro del coche una caja blanca, muy pequeña, el ataúd de un niño. Sobre él había esparcidas unas flores. ¡Las rosas nuevas!

.

Apuré, antes de marcharme, el último sorbo de cerveza. Me pareció entonces muy amargo.

Y pensando en el pobre niño, no sé si lastimándome de su suerte ó envidiándole su dicha, repetí otra vez la frase:

¡Oh, el buen tiempo!

BEATUS ILLE...

Yo quiero hablar de ello porque es un espectáculo que me lastima. Es cruel la vida del animal en las ciudades. Por las carreteras que llegan á ellas, los rebaños de carneros montaraces y las manadas de vacas entran, pero van camino del matadero á ser degolladas. Oh! es horrible el vientre de las ciudades! Los caballos, llagada la piel, chorreando las mataduras, que ahondan más y más los golpes del látigo, cayéndose famélicos, tiran de los coches día y noche, ó bajo la espuela, que les desuella los ijares, marchan á morir en las plazas de toros.

No hay en las ciudades, no ya el cariño netamente aldeano, ni siquiera la piedad compasiva que cualquier dolor produce. Sobre todo en las ciudades de España, muéstrase un instinto sádico, especie de sed de sangre, contento en la tortura al vivo. Hay que ver la ciega rabia con que se apalea á las caballerías, y esos quemaderos donde los perros vagabundos, esos infelices sin un hogar que los recoja ni un humano cariño que los mime en pago á fidelidades eternas, son fustados con implacable crueldad.

Hay que mirar esos muchachos de que habla Veraheren, que al sacar muerto un caballo en los corrales de las plazas, aprietan, con dura mano, en las heridas abiertas, para ver salir la sangre aún caliente.

Es algo inhumano y por tanto repulsivo. No se siente esa honda simpatía, que entraña ternura y gratitud hacia el animal. Se vive entre hombres, que se apretujan en las calles, sin conocerse, quizás odiándose por secretos impulsos de malas pasiones, y el trato, y ¿por qué no decir la amistad? con

los animales se rehuye con asco y muchas veces con rencor. No sabemos conocer más que la utilidad de las bestias. Sirven á nuestra comodidad arrastrando los coches en que muellemente nos trasladamos de un sitio á otro. Y en la mesa nos sirven la carne, la leche, con que saciar nuestra glotonería. Para nosotros, los urbanos, el animal no tiene ninguna representación, ni siquiera un puesto familiar en la casa.

Eso queda para el campo. Ahí es todo. Significa para el labriego algo muy importante en su vida económica y en su vida afectiva. La bestia es un niño más con que se juega; un hijo fuerte que lleva todo el trabajo de la hacienda y trae el bienestar de la casa. Asíciase el animal á las fatigas y á las alegrías. Juntos trabajan el campesino y la yunta, arando el predio, y el sudor y las fatigas de ambos hacen fecundar la tierra, abriendo el surco.

Quitán á la espalda del aldeano el peso de la carga, que dóciles admiten sobre sus corvos recios. Y en las horas alegres son compañeros, amigos, más que eso, herma-

nos. Van á las fiestas: el caballo, orgulloso del jinete, piafa y gallardea; el jinete, orgulloso de la bestia, se yergue satisfecho sobre el arzón de la montura. Luego, las cabras que se pastorean, á cuyo lado se duerme de noche en las cumbres al soco del aprisco, y el corderillo con quien retozan los hijos del aldeano, que crecen juntos en la plena vida de la naturaleza.

¿Hay quien comprenda el campo sin ese calor afectivo de los animales? Sin la vaca, fuente de riqueza, pródiga y fecunda, que ayuda al laboreo en la estación propicia, sería más dura la vida del labriego.

Casa rural sin animales no se comprende. El perro vigila el huerto; la vaca ara el campo y da la blanca leche; el asno transporta los granos, y en el alto alero, las palomas arrullan amores aldeanos al rumor del viento y al són del agua.

Lo he visto muchas veces con ojos complacidos. En un rincón el viejo mastín ha muerto rendido á los años, como un patriarca, como un abuelo. Junto á la vaca enferma carifios campesinos han velado con

desvelos y sobresaltos, los mismos que otras veces velaron sobre el lecho de los padres y de los hijos en trance de morir.

Y el hoyo abierto, en la amada tierra, que ha recogido esos despojos, ha enterrado tristezas y recuerdos, como el surco ha enterrado esperanzas y promesas.

¿No os acordáis de aquel labriego en un cuento de Trindade Coelho, que retoza con el asno y con él conversa, en monólogos que parecen diálogos? ¿Y de aquel hidalgo de la estepa, en una novela de Tourgueneff, que llora en la soledad del campo junto á un caballo muerto? ¿Y de aquellos cariños con que miman á las bestias los campesinos de Theuriet?

Siempre los tengo presentes. Muchas veces de ellos me acuerdo cuando en las ciudades encuentro esas bestias, con la piel grieteada, en cuyas desolladuras el látigo ahonda con golpe brutal, y cuando veo esos rebañíos de reses camino del matadero y las trahillas de perros recogidos en la calle, que, pacientes, resignados, con ojos que parece van diciendo el *no lloréis por mí* mar-

chan á morir, reventados por la estriquina ó tostados en los quemaderos.

¡Oh, si esos canes hubiesen vivido en el campo, al calor de una casa, cómo hubiesen muerto en un rincón, tranquilos, viejos, como patriarcas familiares, como abuelos!

A TRAVÉS DEL DESIERTO

Se hace preciso dar pan al hambriento. El drama de las miserias y de las lágrimas hace mucho tiempo que está en el último acto, en el momento trágico; pero, ¿cómo se irá á desenlazar? Difícil es acertar con la solución del conflicto entablado, y á cada instante el espectáculo se hace más y más emocionante.

Hay por esos mundos, en las calles de las grandes ciudades y en el rincón de la última aldea, muchas hambres que saciar, sinúmeras injusticias que impedir. Van los pobres por ahí, como un rebaño de bestias famélicas y acosadas.

Hay familias enteras que andan por las calles mendigando á todas horas, que limosnean «de claro en claro y de turbio en turbio», sin descanso, un padre viejo, una madre asmática, una chica contrahecha, cuatro muchachos lisiados, consumidos todos por la anemia, tosiendo, doblándose sin fuerzas, como figurillas de papel.

Se intenta hacerlos retirar de la calle á rigor. Es condenarlos á morir, emparedarlos, someterlos á un tremendo *in pace*.

Cierto que no son tipos decorativos en nuestra escena social. Rompen con su presencia el aspecto brillante de las calles.

Para éstas, en las grandes ciudades, solamente sirven los trajes lujosos. Los andrajos de los pobres, codeándose en las calles con las sedas de los ricos, presentan á la consideración un contraste trágicamente burlesco. El humorismo no podía imaginar, por lo vivo y doloroso, nada más cruel.

Estos seres de la miseria, en los dinteles de las puertas, espaldados en los muros, junto á los postes, sobre los estadales de las aceras sentados, mostrando las lacras de

sus cuerpos, carnes en llaga viva, piernas de palo, muñones al descubierto, parecen ambulancias de heridos en un alto después del combate, un descanso de enfermos de Hospital á la hora de sol.

Y al amanecer, en rabiosa batalla con los perros, se ve á la legión de mendigos revolver en el cajón de la basura en busca de un mendrugo, de una piltrafa ó de un guñapo que sirva de remiendo. Ni aun esas sobras de los ricos llegan á ellos por la mano de la caridad. Las recogen cuando se tiran.

Ni siquiera son tampoco como las aves del campo. Ni granos, ni frutas están á su alcance. La tierra es pródiga, pero su fecundidad es solamente útil á los ricos. Para remediar estas grandes injusticias, ¿por qué no se mostrará en alguna ocasión estéril la Naturaleza? A los pobres no les llega más que el sol que los mata y la nieve que los hiela.

Si la tierra así trata á los desheredados, los hombres, los que en ley natural son hermanos, ¿cómo con ellos se comportan?

Los desprecian, los acorralan. La sociedad no reserva á los míseros otra cosa que la pena, el sonrojo, las grandes desolaciones morales. Los tuesta á fuego lento, día por día. A lo largo de este doloroso *Vía crucis* del vivir, si vida puede llamarse ese agonizar sin término, se piensa en la muerte como una esperanza, y á ella se confía la suprema liberación.

Esclavitud irredimible esta de la miseria, los forzados, los vencidos, los castigados de la suerte tienen que resignarse al dolor de vivirla...

A estos seres llámalos *los grandes* una insigne poetisa, Ada Negri, alma de mujer, corazón todo amor, que ha cantado las tribulaciones de los humildes con acentos de rebeldía y con palabras de misericordia.

Y es verdad. Son los grandes. Ellos han tenido hambre y sed, y no han robado. Como Becquer dijera, han bebido las propias lágrimas. Ellos se han visto escarnecidos, vejados, no encontrando otra cosa en los corazones de los hombres que desprecio y burla, y, sin embargo, no han matado.

Han seguido su camino, y acaso sí, como el divino Jesús, han dicho dolorosamente conmovidos: *No lloréis por mí, llorad por vosotros y por vuestros hijos.*

Han sentido los músculos agarrotados por el frío, y han creído morir tostados por el sol, víctimas de una naturaleza asesina, y, no obstante, continúan creyendo en la suprema protección de Dios. Y cuando ha llegado la muerte á redimir esa implacable servidumbre de la vida, en el lecho del Hospital ó la vera de cualquier camino, todavía han muerto amando. ¡Infinita grandeza del amor!

En ellos hasta el odio parecería santo, única defensa de los vencidos ante el dominio de los fuertes. Habría en cualquier acto de rebeldía un espíritu de justicia. A la postre no harían con la violencia á mano armada más que restablecer el equilibrio social, la igualdad humana. No lo hacen. ¡Perdonan y aman!

.
He visto un espectáculo tierno y desolado en el fondo á un tiempo mismo, escena de

amor y de desesperación. Yo me paré á mirarla con inmensa piedad. Para los demás fué indiferente. Pasaban contentos de vivir, respirando alegría, en medio de la hermosura de un reposado día primaveral.

Era una pobre mujer, un tiempo quizás bella; santa á mis ojos hoy. Divinizábala su amor de madre. Con un niño en brazos, que llevaba mal cubiertas las carncitas blancas, pedía una limosna arrimada á la pared de una calle, por donde la gente desfilaba en ruidoso montón.

Pasaba y volvía á pasar ésta, arrastrando sedas, y la pobre mujer escondía la mano, esperando inútilmente la limosna que no venía. Mientras observé, nadie se detuvo á socorrerla. Seguían los transeuntes deprisa, sin parar mientes.

Me acordé de unos tristes versos de Stechetti. Son aquellos en que cuenta que una mendiga le pidió en nombre de Dios una limosna, y no la socorrió; pero cuando lo hizo en nombre de la mujer que amara, le dió todo cuanto llevaba.

La que ví pedía en nombre de no sé qué

dolores, quizás del suyo propio, á mi entender, entre todos el más grande. Nadie le daba.

Y cuando se quedaba sola, en esos instantes breves en que cesa la circulación de las gentes, sonreía al niño, le besaba, y en su boca infantil ponía el pecho exhausto, que no podría dar ya más que sangre, el último jugo de la vida.

Cuando se marchó, después de inútil espera y de infecundo clamor, llevaba el niño en brazos, calle adelante, por entre la compacta muchedumbre, y yo pensé entonces en la esclava bíblica arrojada del hogar rico de Abraham, en Agar, pregrinando por el desierto...

ASCO A LA VIDA

Crece el número de suicidios. No hay día sin que un desesperado caiga muerto á sus propias manos. El cañón del revólver destrozando las sienes ó la punta del puñal clavada en el corazón, ponen término á muchas existencias para quienes el vivir se ha hecho imposible, y en la paz de la muerte han creído encontrar, para las penas trágicas, reposo sin fin y olvido eterno.

Son muchos ya los suicidas. Mátanse por amor, por hambre, por enfermedad, por tristeza de vivir. Es una psicología extraña, complicada, la de estos espíritus que re-



nuncian voluntariamente á la vida, desertando del diario combate. Quizá sean locos tal vez sean cuerdos. Sobre estos actos supremos se discurre con criterio cerrado cada cual aplica los principios morales que sustenta, ética contradictoria en sus alcances.

Cobardes ó heroicos estos seres, lo cierto es que el impulso de voluntad que los lleva á la muerte no puede concretarse. ¿Miedo á vivir? ¿Asco á la vida?

Quedan los móviles en el misterio de la muerte, y á los espíritus que se han ido es vano empeño interrogarles para saber cómo sentimientos é ideas se han ido dentro borrando, desapareciendo, para quedar fijo, tenaz, irremediable, un pensamiento único: el de morir.

No quedan más que rastros de esas almas, recuerdos vagos de esas vidas. ¿Quién á través de ellos, podrá por entero reconstruir la verdad?...

Saben solamente que esos seres resolvieron morir. Los más, con invencible decisión, llevaron el arma de fuego á las sienes

y salpicaron los sesos y las ideas negras que encerraba el cráneo. Otros, rasgando la piel con el acero, bien dirigido al corazón, con la sangre que brotara echaron fuera la podredumbre de pasiones ruines que roía dentro. Desde un alto balcón fueron á estrellarse en la acera, y los menos con la cuerda arrollada á la garganta, colgante del techo, tirante y asesina, dejaron sus cuerpos moviéndose con las convulsiones de las energías últimas.

Muertes violentas, muertes trágicas, pero que son rápidas, que traen instantáneamente el reposo sin término. Más espantables sin duda, por su forma de realización, que escalofrías, que esas muertes en el lecho, tras lenta agonía, silenciosas, como si los cuerpos se entregaran tranquilamente al sueño. Pero ¿acaso no indicará mayor temple de espíritu ir en busca de la muerte, para evitar el dolor que, sufriendo con padecer que no acaba, esperar á que la intrusa llegue?

Ya que esos espíritus que, por voluntaria resolución se van, nada dicen, es nece-

sario escudriñar los móviles de esos suicidios en la propia vida.

Parece triste ésta en el fondo, aunque tan alegremente se nos representa. Ellos, esos sacrificados, no supieron ó no pudieron encontrar más que el sabor amargo que entrañan.

Si buscaron en el amor satisfacciones, la alegría de vivir, halláronse víctimas de él, que también tiene sus hieles. De los carifios plácidos pasaron á la pasión tormentosa, sintieron celos, desesperanzas, traiciones, burlas, desdenes. Quizá acabaron por el hastío, cansancio de todo amor. Muchos han derramado á chorros el sudor en un trabajo de bestias. Ya viejos, imposibilitados, encontráronse un día y otro día sin comer: y el hambre, arañando brutalmente en el vientre, les dijo que la vida no era ya más que una carga pesada, lastre inútil, penoso, que era necesario dejar. De ella, en el curso de tantos años, no recordaban esos vencidos ni una hora de contento, tal vez ni un instante de libertad. Esa servidumbre de vivir, esa forzosa esclavitud al padecer,

mucho antes debieron terminar, anticipando esa deliberación para siempre que trae la muerte.

Cuando no son estos tormentos espirituales los que vienen á amargar las existencias, la mísera carne se encarga de enseñarnos la vida del dolor.

Y es inútil la lucha sin esperanza de vencer. Ya es la úlcera que grietea la piel, pudre la carne y roe el hueso; ya es la tisis traicionera que, dañando el pulmón, nos asfixia, nos mata poco á poco, complaciéndose en mirar un sufrimiento implacable y torturador. Vivir, entonces, es padecer. Sería heroico, en ese caso, aceptar resignados la lucha con el dolor.

Algunos se rebelan. Prefieren descansar, y descansan...

Sí; se siente asco á la vida. Día por día se acentúa en términos alarmantes, aumentando el número de suicidas. Son más los castigados que en el *nihil* eterno buscan la redención de toda pena, paz y reposo perdurables, porque éstos son también más sobre el haz de la tierra.

Acosados, perseguidos, ya con desesperaciones angustiosas en el alma, sin confiar en ninguna liberación próxima ni futura, ¿qué hacer? ¿A dónde volver los adoloridos ojos? ¿A quién dirigir la sollozada súplica?

La idea de la muerte surge entonces fatal, irremediamente, como única consolución y paz á los tormentos del vivir.

No son estos suicidas los más trágicos. Por lo menos á mí me parecen más dignos de misericordia, mueven más intensamente mi piedad y mi admiración, esos otros seres callados, á quienes los males del cuerpo no dañan, ni la maldad de los hombres, con los que es necesario vivir en guerra, mantiene en inquietud dolorosa de sobresaltos y de odios. Son seres pasivos que ni luchan ni se defienden. Almas solitarias, paráliticas, que han muerto ya, no se sabe cuándo, atacadas del *tedium vitae*. Es un mal este sin causas fijas, desasosiego espiritual, inercia de las pasiones, desgana de vivir. Son cadáveres en pie.

Para ellos la vida no tiene finalidad alguna. ¿Qué es la riqueza? Si se alcanza á fuer-

za de infinitos dolores, llega á la postre el convencimiento de su inutilidad irreparable, y montones de oro no pueden darnos ni un minuto de felicidad. ¿El amor? El hombre engaña; la mujer es pérfida. Son defectos de la pecadora naturaleza humana que nadie puede corregir. ¿Honores? Flaquezas de espíritus mezquinos, exterioridades vacías, vanidad de vanidades. Polvo deleznable que el viento de la menor contrariedad se lleva. ¿La gloria? Humo, nada.

A solas piensan estos espíritus que han saboreado sorbo á sorbo la miel de la vida, que no se ven ni un momento libres de las ideas pesimistas, en el dolor, patrimonio único de la pobre estirpe humana.

Traicionan los amigos, engañan las mujeres, explotan los padres, envidian los codiciosos, recelan los crédulos, odian los malos.

Son enemigos entre sí los seres; son enemigos nuestros las cosas, y por todas partes la ruindad de lo existente nos va siguiendo los pasos.

Todavía pudiera purificarse el espíritu,

elevarse el corazón un poco. ¿Sofiar? ¿Esperar? ¿Y en qué?

La implacable interrogación surge al punto, abriendo ante la sed del alma el vacío de la incertidumbre eterna.

Por eso buscan el único remedio á esa tristeza del vivir, y, como Heine, repiten anhelantes:

*«Acaba, acaba pronto, carpintero,
y déjame dormir.»*

ALEGRÍA MACABRA

Merecía la farándula que ví el domingo de Piñata, cuando otros llevaban la ceniza en la frente, la pluma de un humorista á lo Edgard Poe.

Era la última mueca carnavalesca, un rictus doloroso de forzado regocijo; ¡era una ironía viva!

Iba la comparsa calle adelante, vistiendo trajes de llamativos colores, andando tras de estandarte que ondeaba al viento como un pingo grotesco. Seguía calle adelante, bajo la lluvia de color de los *confetti* que caía irisada y coruscante, desde los altos

balcones donde asomaban caras hermosas y curiosos ojos de mujeres. Y aquellos cojos que hacían sonar en las calles el golpe de las piernas de palo al pisar con són escalfriante; y aquellos mancos que dejaban el mufión al descubierto por entre las mangas del jubón arlequinesco; y aquellos ciegos, caducos y vacilantes, que iban por el arroyo, alegrando el rumor de la calle, que á los instrumentos hacían representar el carácter humorista de la comparsa, al mezclar el lamento de la dulzaina y la risa alocada del tamboril, eran, en verdad, como la evocación y el desfile de espectros en una danza macabra.

Despojos de la vida, seres inútiles, también ellos querían alegrar el Carnaval de los dichosos, con la nota irónica de sus trajes chillones, mal velando los huesos rotos, cortados á sierra, y el plañidero acento de su voz de hambre llamando las gentes á la misericordia.

¿Por qué no? También ellos tenían derecho á la alegría, aunque ésta resultara macabra, y así paseaban al sol sus lacras lige-

ramente disfrazadas, sin duda haciéndolas más horribles, y divertían en las calles, aturdiéndose para olvidarlo, su horror á vivir.

Y, si no era propio egoísmo, rebozo de la tristeza que necesita alocarse para no sufrir, habría en ellos otro egoísmo más poderoso que los empujaba á divertir á los demás para comer, mostrándoles la miseria con adornos cómicos, á fin de que la limosna negada por la piedad la diese el buen humor.

Tal vez, desde un balcón, cualquier *Hamlet* al día, mirando calle adelante pasar ese desfile de procesión grotesca, la comparsa de mancos, cojos y ciegos, arrastrando con sus miserias físicas sus grandes penas espirituales, hubiese filosofado con humorismo trágico sobre el eterno Carnaval de la vida y la infinita ironía de los hombres.

No era el día de cavilaciones lúgubres, y acaso alguien sólo mirara al exterior, al color, no al alma, de la comparsa en marcha. En cada uno de ellos, en tal guisa vestidos, quizás viese una reproducción de aquellos

bufones y pícaros de Velázquez, tal vez mirándolos en conjunto, en acción, al vivo, recordara las figuras extremadamente siniestras, en ley del contraste, que trazara en los *Caprichos* el lápiz humorista de Goya, pintor de la vida y filósofo del dolor.

Quién describiría bien el grupo de la comparsaría, y habría de fijar admirablemente esta visión de la vida, con toda la ironía humana que encierra y con todo el *humour* artístico que entraña, sería la pluma de Veraheren, que tan admirablemente comprendió y estudió en sus diversos aspectos nuestro carácter nacional. Aquellos ciegos y mutilados que en Jueves y Viernes Santos, los días de Pasión, sonaban en los instrumentos salmodías de un dejo lamentoso, melancólicamente susurrante como un rezo de agonía, lamento que estallaba en las cuerdas trágico, y cantaban coplas cuyos versos, vibrantes como una fibra humana dolorida, desmayaban en un ronquido de sollozo, que tanto impresionaron, al estudiar la España negra, al escritor septentrional en viaje por nuestro país, ahora en los días de Carnaval

le habría de sorprender encontrarlos en las mismas calles, disfrazados con pintorescos trajes carnavalescos, pintarrajeado el rostro con bermellón para disfrazar las arrugas del hambre ó los surcos de las lágrimas que echa fuera la pena, intentando hacer reír con sus deformidades ridiculizadas, con histrionismo bufonesco, á los mismos que otras veces enseñaban esas lacerías, en crudo, horribles en su desnudez real, con la inquietante esperanza de hacer llorar.

¡Contrastes de la vida, amarga ironía de la suerte! Es la comedia humana, llena de estas desoladas contradicciones; comedia que nunca acaba, que se repite perpetuamente.

Nada más ilógico que la vida, y al propio tiempo repugnante.

Hasta el dolor, tan santo, se divierte, y cualquier día busca una careta para disfrazarse, al menos tal vez con la piadosa intención de hacer reír á los demás.

A mí me produce una tristeza muy grande. No es tan fácil filosofar á sangre fría sobre el dolor de los hombres, ni es fácil

tampoco al espionaje de los psicólogos poder apreciar en una cara embadurnada con coloretos de carnaval, si la mueca de risa que se descubre tras las hendiduras de una careta es de regocijo franco ó de tristeza infinita y si el agua que despinta esos rostros pintarrajeados es el sudor que moja y pasa ó es en cambio la huella de lágrimas corrosivas, que no se han visto caer y no obstante han señalado cómicamente al paso.

¿Quién acierta á descifrar el misterio del alma de los hombres, eternamente vestida de máscara?

FIN

INDICE

	<u>Págs.</u>
La jornada humana.	5
La eterna Desdémona.	15
Nova pazzia.	21
Las marionetas.	29
Heroismo estéril.	37
«Tristi amori».	45
La juerga española.	51
Crímenes pasionales.	57
El hambre en armas.	63
Los húngaros.	71
Al pasar...	77
Españolería andante.	85
Rodar de los días.	91
A cadena perpetua.	97
La del alba.	103
La perfecta casada.	111
La paz aldeana.	119
Noche-buena.. . . .	127
Hojas caídas...	131

	<u>Págs.</u>
¡Caballos, caballos!	141
Rigores y lenidades.	149
El buen tiempo.	155
Beatus ille...	163
A través del desierto	169
Asco á la vida.	177
Alegría macabra	185



UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA
BIBLIOTECA



* 6 6 0 3 3 6 3 1 0 9 *